

EDICIONES BIBLIOTECA FILM



POR LA DAMA

Y
EL HONOR

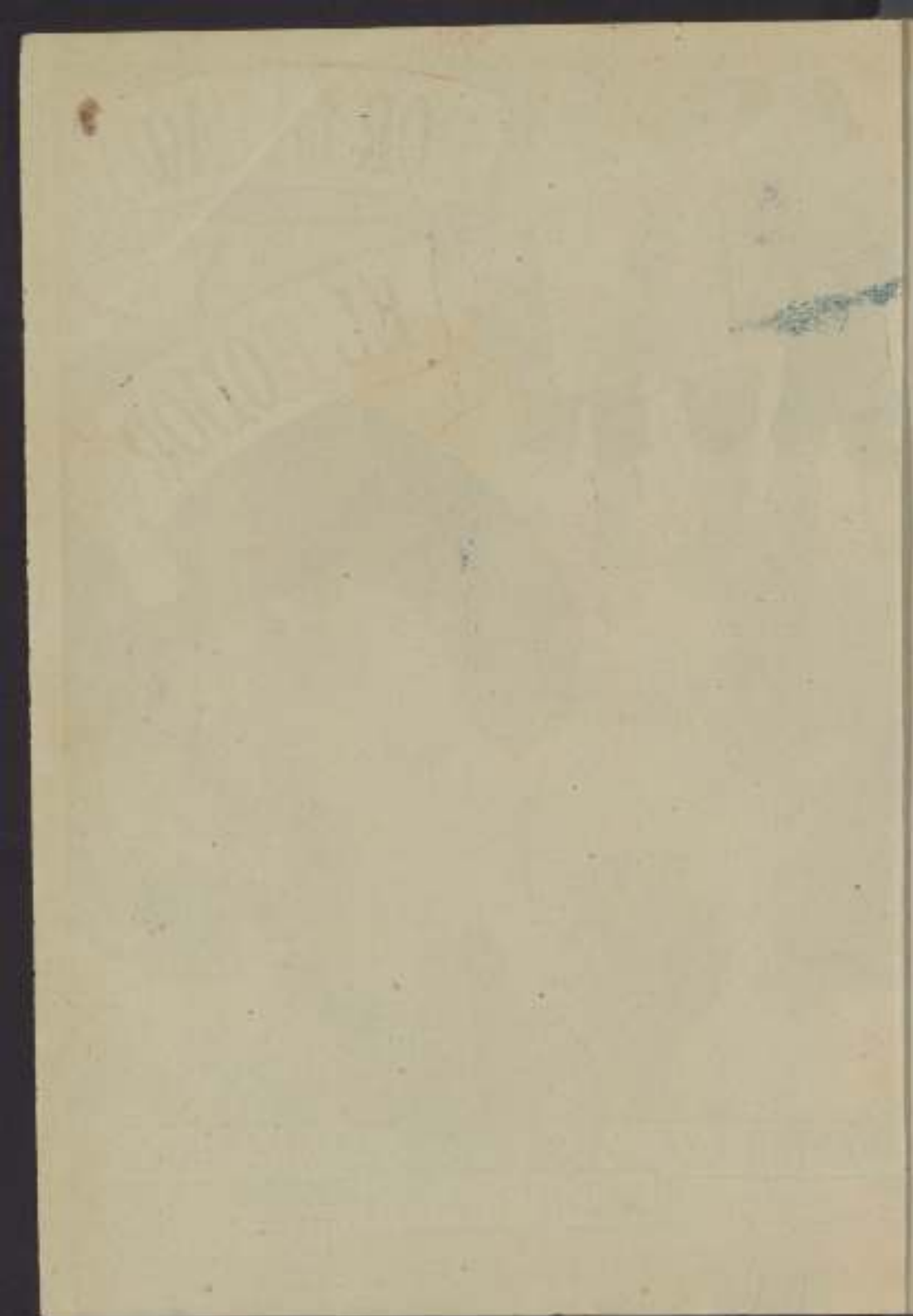
WALTER ABEL

PAUL LUKAS

MARGOT GRAHAME

SERIE ALFA

editorial "alas"





POR LA
DAMA
Y EL
HONOR

Reservados los derechos de
reproducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, L. S.
Valencia, 234 - Teléfono 70637
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PRODUCCIÓN: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Aguilado Correo 707 - Telm. 70067 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbér, 16, Barcelona - Telmón, 17, Madrid

EDITORIAL

ALAS



AÑO XV

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ★ ALFA

NUM. 36

NUM. 360

POR LA DAMA Y EL HONOR

Un siglo romántico en que el amor y la aventura fueron los hilos mágicos que movieron a placer en el escenario de la vieja Francia los muñecos humanos que forjaron tantas maravillosas historias, como la de aquellos cuatro hombres que, a fuerza de corazón, evitaron una guerra sangrienta, restituyeron el honor a una Reina y escribieron con sus espadas una de las más bellas páginas de la historia de Francia ...

Producción RADIO PICTURES (RKO)

Sucursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
San Sebastián
Pamplona
Barcelona



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

INTERPRETES PRINCIPALES

Artagnan . . .	WALTER HILL
Athos . . .	PAUL LUNDS
Milady . . .	MARGOT GURHAM
Constance . . .	KATHERINE ANGEL
Rochefort . . .	Sam Keith
Portos . . .	Marcel Oden
Aramis . . .	Osamu SUGANO
Ana de Austria . . .	Edmund PUGHET
Planchet . . .	John Gaudin
Duckingham . . .	Ralph Forbes
Richelieu . . .	Rigel de BRILLAT
Henriette . . .	Murray KLASSEL
De Treville . . .	Lumsden HARR
León XIII . . .	Wiles MANDER

Director:

Rowland V. Lee

Música de:

Max Srelacz

Directores artísticos:

Van Nest Polgliss
y Carroll Clark

Vestuario de:

Walter Plunkett

Escenografía:

Thomas Little

Escenas de espina dirigidas por:

Fred Cavens

Asesor técnico:

Leotis Vandoecker

Narración literaria de la novela:

M. Gurnea

POR LA DAMA Y EL HONOR

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

CAMINO DE PARÍS

FRANCIA en 1625. Una era de románticos aventureros y bravas hazañas, en que el valor se cotizaba en estocadas, el honor se mantenía intachable defendido a punta de espada, y la galantería era sinónimo de caballerosidad y sutileza en los modales y el lenguaje.

París, centro de todas las virtudes y ruindades políticas y sociales, era asimismo principio y epílogo de todas las aventuras.

Nobles encubiertos en el anónimo, hidalgos y gentiles, gentes, en fin, de diversa condición y origen, coincidían en la capital de Francia llevados por su ambición. Unos pretendiendo desterrar su humildad escalando las cumbres de la fama y la

popularidad. Otros deseando enterrar su verdadera personalidad entre las Ordenanzas de Cuerpos armados en los que sólo el presente interesa. Muchos, en fin, buscando horizontes más amplios en su afán de satisfacer los sueños en que el filo de su espada y la destreza de su brazo eran complemento magnífico para su audacia y juventud. Juventud ambiciosa, magnífica por sus ideales y su gran corazón. Héroes en sus locas fantasías de conquista, que abandonaban la placidez de una vida sencilla en el solar de sus mayores, para enfrentarse con la aventura, camino de París.

En Gascuña, la casa solariega de los D'Artagnan era una de las de más

rancio abolengo, aunque al correr de los años, la hacienda de esta noble familia había ido sufriendo mermas considerables, hasta reducirse a las pocas tierras que circundaban la finca cuya portada ostentaba el emblema nobiliario de este apellido en tiempos brillante y siempre limpio y respetable.

Una tarde de primavera, cuando el sol, en su cenit, enviaba sus rayos tibios sobre la campiña perfumada de aquella espléndida región, el señor D'Artagnan se reunió con su hijo en una de las estancias de la casa y, mirándole a la cara con la expresión que denotaba la profunda emoción del momento, le dijo:

—Hijo mío, te marchas, y contigo se aleja de mi lado el único ser querido que aun compartía los restos de nuestra hacienda conmigo. Pero vas a París con pocos años y mucho corazón, que harán de tu afán de aventuras una realidad venturosa e inmediata. Al llegar a París irás al cuartel de mosqueteros... Preséntate al capitán de Treville, mi amigo y padrino tuyo.

A medida que su padre pronunciaba estas palabras, el semblante del joven D'Artagnan iba transformándose por momentos. Sus ojos chispeaban, y adivinábase que su

imaginación galopaba ya presurosa, anticipándose a su marcha. No obstante, se refizo inmediatamente y siguió atento a las palabras de su padre.

—Estos quince escudos es cuanto puedo darte—presiguió de Artagnan, alargando a su hijo unas monedas.

Luego, tomando de encima de la mesa una magnífica espada, la puso en manos del joven.

—Mi espada—le dijo— D'Artagnan, es un nombre que nunca mancó el deshonor, y confío en que en tus manos, esta espada seguirá siendo la que mantenga sin mancha el blásón de nuestra casa.

El joven tomó la espada con veneración, estampó un beso en la cruz de su empuñadura y la envenó con energía. Su mirada expresaba el agradecimiento que sentía hacia su anciano padre. Levantó la cabeza y quiso hablar, pero la emoción del momento le venció y hubo de callar para no traicionarse. Al salir a la puerta de la finca, uno de los criados tenía de la brida preparado un caballo viejo y esquelético, aunque bien se dejaba adivinar que en sus mocedades había sido un magnífico animal.

—Yo siempre soñé con enviarte al mundo bien equipado, jinete en

un soberbio caballo—comentó el señor D'Artagnan—. «Carlomagno» poco tiene de soberbio, pero posee un noble corazón. En edad te aventaja más de lo que parece.

El joven D'Artagnan montó a caballo, no sin antes haber abrazado a su padre en silencio y estrechado la mano de sus viejos servidores. Aun escuchó otro consejo, el último de aquellos sabios consejos paternos que llevamos siempre a la zaga mucho rato después del abrazo de despedida.

—Jamás debes rehuir un duelo, pues que eres hijo mío y gacón... Pelea en todo tiempo y lugar. Patea por el Rey, por la Reina y por Francia. Patea por todo lo que consideres digno de deservirtear tu espada, en una palabra. Y ahora, hijo mío, que Dios te guarde!

Calló el anciano, y el joven, espolcando al jameigo, dió media vuelta y se alejó hacia el camino, la cabeza erguida, el aire arrogante y una sonrisa de triunfo enmarcada por el pequeño bigote que daba carácter de firmeza a su expresión inteligente y simpática.

—¡Ah, los sueños de la juventud!—exclamó el anciano, que le contemplaba orgulloso—. ¡Ya en sueños ha conquistado a París!

Antes de desaparecer tras un re-

codo del camino, volvió D'Artagnan la cabeza al tiempo que tenía su caballo y descubriéndose agitó su sombrero saludando por última vez a todo aquel conjunto de personas y cosas amables que le vieran nacer. Picó espuelas y emprendió un trote lento, dejando tras de sí una tenue nube de polvo. Ante él se extendía, como una promesa ya palpable, la blanca cinta del camino que había de conducirle a la soñada meta.

Nada de particular ocurrió al joven aventurero durante sus primeras jornadas de viaje. No obstante, presintiendo ya la proximidad de París, cuando él y su caballo, cubiertos de polvo, habían dejado lejos, muy lejos, su lugar solitario, sintió D'Artagnan a sus espaldas el galopar desenfrenado de varios caballos y, volviendo la cabeza, vió aproximarse rápidamente una carroza tirada por dos trancos de hermosos animales, que precedían y seguían algunos jinetes bien pertrechados en indumentaria y armamento. Se hizo a un lado de la carretera y la lujosa comitiva pasó a su lado como una exhalación, sin que por esto dejase de observar que dentro de la carroza viajaba una dama de hermosa apariencia. A su vista, saludó descubriéndose respetuosamente. Aun no había desaparecido la nube

de polvo que dejaran tras de sí los viajeros, cuando observó que de una pequeña colina bajaban hacia el camino con el propósito de cortar el paso a la carroza, varios jinetes que, en veloz carrera, lograron su objeto inmediatamente.

—¡Salteadores! ¡A ellos, «Carlo-magnos»! —gritó D'Artagnan, que había observado todo esto con la agradable sorpresa del que no esperaba verse tan pronto envuelto en una aventura.

Y espoleando a su caballo emprendió el galope, llegando pronto adonde la carroza y los jinetes habían formado un grupo a un lado del camino. A unos pasos de distancia, detuvo su caballo. La dama de la carroza mantenía una conversación animada con un caballero lujosamente ataviado y que, desmontado, se mantenía apoyado en la portezuela del vehículo. Los demás jinetes, alejados de la pareja a una distancia prudencial, formaban un semicírculo en torno de ellos. Sin hacer caso de éstos, Artagnan se acercó a la carroza y, haciendo un gracioso saludo a la dama, preguntó al caballero con gesto de desafío.

—¿Cómo osáis detener a esta dama? Mi espada está a vuestro servicio, señora — agregó, dirigién-

dose a la hermosa ocupante de la carroza que, sorprendida, le contemplaba de pies a cabeza.

—Pero este caballero... es amigo mío—respondió ésta, sonriendo.

Con gesto de extrañeza y decepción, miró D'Artagnan al citado caballero, el cual nada había dicho, limitándose únicamente a observar al joven con aire burlón. Muy seguro debía considerarse, cuando ni siquiera había variado en nada la postura en que le había sorprendido la aparición del vehemente gascón. Sonrió al contemplar el caballo de éste y le dijo:

—¡Idos, llevaos vuestro jumento.

—¿Aludís a mi caballo?—contestó D'Artagnan indignado, llevando la mano al pomo de la espada.

—¡Edmond, es un caballo!—comentó tranquilamente el caballero, dirigiéndose a uno de los jinetes de su escolta más próximos a él.

La indignación de D'Artagnan ante la displicencia burlona de su interlocutor, subió de punto y, acercándose a éste, le dijo:

—Cuando estés libre, os haré mudar de parecer sobre mi caballo. Perdonad, señora, pero si este amigo vuestro no sabe batirse, lo siento por vos.

Y dicho esto se alejó llevando

de la brida a «Carlomagno», situándose en observación a unos cincuenta pasos de allí.

—Fuiste rudo en demasía, Rochefort — comentó la dama cuando D'Artagnan se hubo alejado—. Ese joven creyó que me atacabais.

El llamado Rochefort no hizo caso de esta observación. Antes bien, con gesto impaciente entregó un rollo de pergamino, al tiempo que, bajando la voz, decía:

—Milady, es preciso que regreséis al punto a Inglaterra y entreguéis al llegar este tratado secreto a Buckingham.

—¿El Duque de Buckingham viene a París de embajador?—respondió Milady aun sorprendida y con gesto interrogativo.

En su mirada se adivinaba que estaba mentalmente hilvanando el curso de la intriga que se tramaba y de la que ella iba a ser una de las figuras de más trágico relieve.

—Francia no le recibirá—respondió Rochefort con energía.

Luego, sonriendo, agregó:

—El Rey se niega a verlo.

—Buckingham manda tanto en Inglaterra como Richelieu en Francia... ¿Busca guerra el Rey?—comentó Milady, que ya iba pisando sobre terreno más seguro.

—¿La busco yo! Me valdré del amor que Buckingham profesa a nuestra Reina... y de vuestra malvada inteligencia, Milady.

—Me rio al recordar que Buckingham me amó a mí antes que a la Reina...

—Razón de más para que os oiga ahora... ¡Es necesario fomentar la enemistad entre Francia e Inglaterra!—respondió Rochefort, y su mirada se perdió por un momento en el infinito, vislumbrando el inquietante porvenir que preparaba a su patria, sin asomo de remordimiento y en su frío corazón. Intrigaba y medraba en provecho propio y para ello no se detenía ante nada ni ante nadie. Sus ejecutores habían de decidir entre el cadalso y el cumplimiento de sus órdenes, que las más de las veces dimanaban de aquel otro temperamento cruel y poderoso, árbitro de los destinos de Francia por aquel entonces: el Cardenal Richelieu. Un instrumento de estos dos hombres, más terrible quizá que ambos, puesto que contaba con el auxilio invencible de su belleza, era Milady, Lady Winter, mejor. Mujer de extraordinarios dotes, siempre empleadas para hacer desgraciado a todo aquel que cayese en sus redes. De turbia historia, había cono-

cido tiempos magníficos en que su título de Condesa le abrió paso en todos los salones, intimó con Monarcas y llegó a poseer secretos de Estado aun antes que aquellos a quienes afectaban. Ambiciosa, calculista y cruel, ni el crimen la detuvo para saciar su sed de grandeza. Su esposo la arrojó de su lado y ya su carrera se pudo definir claramente al ser marcada en un hombre con la Flor de Lis como criminal, y por lo tanto, indeseable para la sociedad de limpio abolengo. Decidió entonces consagrar por entero al crimen y la intriga su belleza, magnífica y provocativa, y su inteligencia sutil y penetrante como un puñal. Esta Lady Winter era quien, con Rochefort, conversaban en aquel momento asomada a la portezuela de su carroza. Dos inteligencias terribles al servicio del Cardenal Richelieu no podían sino tramar algún plan monstruoso al abrigo de miradas u oídos indiscretos.

No obstante, alguien había allí cerca que vigilaba atento la escena. Alguien a quien ninguno de los dos había, por fortuna, concedido mayor importancia, ignorando que, sin transcurrir mucho tiempo quizá, aquella insignificante persona habría de echar por tierra un diabólico proyecto, que de realizarse era

la guerra inevitable entre Francia e Inglaterra. D'Artagnan, pues, tenía en su primer enemigo, al primer enemigo de su patria. Quizá de haberlo sabido entonces, o Artagnan no hubiese entrado nunca en París o el Cardenal hubiese tenido que buscar otro lugarteniente.

—Haced que firme su nombre junto al mío en este tratado, y yo derribaré el trono mientras él ataca a Francia—dijo Rochefort, señalando el rollo de pergamino que había entregado a Milady.

—¿Qué será del Rey y del Cardenal?—preguntó ésta con gesto displicente pero intencionada modulación de voz.

—Son hombres..., por lo tanto, mortales.

—¿Y Lady de Winter? ¿A qué precio habrá desempeñado su papel en este... negocio de Estado, tan lucrativo, pero tan arriesgado?

—Tendrá cuanto desee su perverso corazón... ¿Os agradaría meter mano en el tesoro real?

Ambos sonreían cuando Rochefort hizo esta pregunta.

—Ved que tengo dos manos... Mucha confianza depositáis en mí.

—La confianza que me inspiran las pruebas de vuestros crímenes, pruebas que poseo, tan claras co-

ma la flor de lis que lleváis en el hombro—repuso con cierta acritud, no exenta de ironía, Rochefort.

—Dijisteis bien. El miedo crea lazos más sólidos que el amor. Me tenéis en vuestras manos; pero, ¡cuidado, Rochefort! Hay secretos de Estado que equivalen, en ciertas manos, a sentencias de muerte...—fué la rápida e intencionada respuesta de Milady.

Con estas palabras de la hermosa y tamble mujer, dieron fin a su entrevista e inmediatamente la carroza se puso en marcha. Antes de entrar nuevamente al camino, pasó despacio la carroza ante el sitio donde D'Artagnan aguardaba desmontado. Descubrióse el joven a la vista de la dama y ésta, inclinándose ligeramente sobre la portezuela, le dijo:

—Agradezco vuestra galantería... pero, como veis, se trataba de un amigo.

—Deploro lo ocurrido, señora, pero ese caballero me debe una satisfacción que espero no se niegue a darme, de lo contrario tendrá que batirse.

—Pero os aconsejo prudencia.

Y dichas estas palabras, Milady dió orden de acelerar la marcha y el carruaje, tomando la dirección contraria a la que traía, se perdió pronto entre una nube de polvo.

En cuanto a Rochefort y sus acompañantes, habían ya montado y se preparaban a emprender el regreso a París. Vista la maniobra por D'Artagnan, en dos saltos se puso ante el caballo de Rochefort y le interpeló:

—¿Respondéis a mi reto con la fuga?

—Veo que buscáis pelea—contestó Rochefort deteniendo un momento su caballo.

—Y yo veo que la rehuís—respondió D'Artagnan, cogiendo de las bridas al caballo de su enemigo.

Pero éste pronto se vió libre del joven gascón, pues a una señal imperceptible de su mano, uno de los que le escoltaban se acercó por detrás y asestó un fuerte golpe en la cabeza a Artagnan con el mango de su fusta. Este cayó al suelo sin conocimiento y pronto el grupo de jinetes se había alejado en veloz carrera del lugar de la escena.

Allí quedaba D'Artagnan, vilmente herido por la espalda, pero no vencido. La sangre que manaba de su herida en la cabeza iba a costar un precio muy elevado: demasiado elevado para la tranquilidad con que Rochefort había considerado el incidente.

Dos días después de la escena que dejamos delatada, abría D'Artagnan los ojos sintiendo una sensación de extrañeza que le obligó a pellizcarse para adquirir la seguridad de que todo cuanto le rodeaba era palpable realidad. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué tenía vendada la cabeza y por qué sentía tal pesadez en ella y en las piernas? Desconocía el lecho en que se encontraba acostado, el resto de los muebles y todo el conjunto modesto del cuarto. ¿Era de día o de noche y cuánto tiempo llevaba allí? No era D'Artagnan hombre que pudiese mantener mucho tiempo una duda; por eso, dando un salto y presa de indescriptible energía, se dirigió casi a tientas hacia la puerta del aposento y de un terrible empujón la abrió de par en par. La bocanada de aire que recibió de lleno, la luz del día y su férrea naturaleza le volvieron de inmediato a su ser y comenzó a recordar todo lo que le había acontecido en su encuentro con Rochefort y Milady, aunque seguía ignorando el tiempo transcurrido desde entonces. Especialmente la última frase pronunciada por su inesperado enemigo la tenía clavada en el alma por no haber podido responder a ella adecuadamente. «Mi acero no se hi-

zo para castigar importunosa. ¿Qué pasó después de estas palabras?

—¿Quién vive en esta casa?—gritó D'Artagnan, a quien ya se le empezaba a encender la sangre.—¿Quién me encerró aquí y por qué? ¿Dónde está ese cobarde?

—A las voces de D'Artagnan acudieron un hombre y una mujer, sin duda los venteros, quienes, con aire alarmadísimo al contemplar la furia del hasta entonces delirante enfermo, le preguntaron:

—¿Quién? ¿A quién aludís?

—¡Al cobarde que me atacó!

—¿Qué sé yo quién es? Os encontraron hace dos días en un camino—respondió el ventero perplejo.

—¿Hace dos días? ¡Luego he perdido dos días de mi vida!

Y D'Artagnan, desesperado, se arrancó con brusco movimiento la venda de la cabeza.

—Estuvisteis delirando y tuvimos que encerraros... Os rajaron la cabeza como un puchero—comentó el ventero.

—¿Como yo rajare la vuestra! ¿Dónde está mi espada? ¡Ayudadme a vestirme!

Poco tardó el joven D'Artagnan en arreglarse nuevamente en plan de marcha y encontrarse otra vez a caballo trotando hacia París. Aun de-

POR LA DAMA Y EL HONOR

cepcionado por el resultado de su primer encuentro, no lo estaba tanto que dejara de sentirse satisfecho por tener ya una misión que cumplir en la primera oportunidad que se le

presentase: encontrar y batirse a toda costa con Rochefort. Recordaba perfectamente sus rasgos y dondequiera que le viese le reconocería al instante. Entonces...

EL DESAFÍO

CUANDO D'Artagnan, tras algunas jornadas de cabalgar sin incidentes, dió vista a la ciudad de sus sueños, detuvo su caballo y, empujándose sobre los estribos, saludó alborozado, sombrero en alto. Luego, dando unas palmadas en el cuello a «Carlomagno», le dijo:

—Ya hemos llegado, amigo mío. Abre bien los ojos, viejo cuadrúpedo, y verás algo que no pudiste contemplar en tu larga vida. Las aventuras más inesperadas nos aguardan y tenemos que dejar bien sentado que el ser gascón es ser valiente siempre. ¡Adelante, camarada!

—¡Mala señal! ¿Está enfermo?— preguntó un viejo pastor a otro de sus compañeros, habiendo observa-

do y escuchado al pie de unos arbustos el coloquio del joven con su cabalgadura, sorprendido de cosa tan insólita.

—No, le ha embargado la emoción. Es la primera vez que viene a París, con seguridad—respondió el otro, más acertado.

—Tal es el efecto que París causa a veces, sí...

Mientras esto dialogaban los dos hombres, Artagnan trasponía la entrada de la ciudad. Un enjambre de vendedores ambulantes, tratantes de ganado, viajeros de entrada y salida, soldados y gentes, en fin, de muy diversa naturaleza y vestimenta, un dedalo de calles transitadas por toda clase de vehículos, algo insospechado para el joven provincia-

no, fué lo primero que se ofreció a su vista, ya dentro del recinto amurallado de París. Perplejo, detuvo su caballo y, presintiendo que entre todo aquel movimiento no le iba a ser de mucha utilidad, amén de ignorar la forma en que podría mantenerle al alejarse de los prados que acababan de dejar a sus espaldas, comentó en voz alta su pensamiento:

—No he de forzarte a vivir en París...

Y desmontando de un salto, le condujo de las bridas hasta un hombre que allí cerca se hallaba sentado.

—¿Hay algún buen pasto por aquí?—le preguntó.

—Yo apaciento mi rebaño ahí cerca, tras de la hostería...

—¡«Carlomagno» no es una oveja! Ha estado en dos guerras...—contestó D'Artagnan, amoscado.

Y quitándose el zurrón de viaje, agregó:

—Guardad esto y mi arzón. Volveré luego por todo.

Y dando en el cuello unas palmadas cariñosas a su caballo, le dijo:

—«Carlomagno», yo me cuidaré que te traten bien.

Entregó las bridas al pastor y se alejó en busca del cuartel de mosqueteros. Preguntando a unos y a otros, poco tardó en llegar allí. Se

detuvo a contemplar el edificio y, a poco, dirigiéndose al centinela, le preguntó:

—¿Qué música es esa que se oye?

—La de los mosqueteros.

—Es lo que vengo buscando. Traigo una carta para monsieur de Treville.

—Ahora está con el Rey... Do todos modos, podéis esperar dentro.

No se hizo repetir la invitación y Artagnan penetró en el cuartel. Atravesando patios y salas, llegó hasta las puertas de un inmenso patio magníficamente adornado, donde los mosqueteros, formados frente a frente por parejas, hacían una hermosa exhibición de su maravillosa esgrima a los acordes de la marcha de su Cuerpo, canción de guerra y de victoria, armoniosa y viril. El espectáculo era maravilloso y el corazón de Artagnan latía con la fuerza de sus mayores emociones. Al fondo, en un estrado, el Rey presenciaba el homenaje a su persona, comentando con monsieur de Treville las variaciones rítmicas y ajustadas de la hermosa marcha marcial. Los rostros de ambos donotaban orgullo y satisfacción rebotante. ¡Eran los mosqueteros del Rey! ¡El mejor cuerpo armado de Francia por aquel entonces, siempre en pugna con los

guardias del Cardenal, cuyo capitán era el célebre Rochefort! Los dos eran igualmente célebres como espadachines, aunque de Treville llevaba desventaja por su edad más avanzada, pero, en cambio, no había punto de comparación entre la condición moral de uno y otro. De Treville era un viejo soldado de noble abolengo, leal y valiente, que luchó siempre por Francia y por su Rey, sin otra ambición que la de mantener en todo momento sin tacha alguna al uniforme de mosquetero del Rey, cuerpo al que pertenecía desde su juventud. Rochefort, en cambio, era un aventurero afortunado y sin escrúpulos, desleal, intrigante y falto de conciencia, que no reparaba en los medios, por deshonrosos que ellos fueran, para lograr sus deseos.

—¡Todos darían su vida por Vuestra Majestad! —comentó de Treville sonriendo satisfecho.

—¡Mis leales se proponen en su celo! Tres de ellos, especialmente, se proponen y deleitan en darme disgusto tras disgusto... —respondió el Rey, esforzándose en dar a sus palabras una gravedad que no sentía. —Ved, si no, a Athos, Porthos y Aramis... ¡No hay día que no falten al edicto contra los duelos!

—Pero, Majestad... —intentó interrumpir de Treville.

—Y no soñéis que son invencibles... ¡No hay tal! El Cardenal me dijo que ayer los derrotaron sus guardias.

Estas palabras del Rey encendieron la cólera de Treville, quien, olvidando un momento que era al Rey a quien hablaba, le dijo con sincera exaltación:

—¿Los derrotaron? ¿Los guardias del Cardenal? ¡Mentiras que Rochefort cuenta a Su Eminencia!

—Su Eminencia tiene razón, Treville... ¡Además, centenares de valientes mueren al año en duelos! ¡No he de tolerarlo más! ¡Decidlo así a vuestros mosqueteros!

Terminada la danza, los mosqueteros habían formado arco con sus espadas y el Rey y de Treville salieron del recinto. El primero, satisfecho y orgulloso de sus guardias. En cuanto al capitán, preocupado y dispuesto a saber la verdad exacta sobre la derrota a que el Rey había aludido. ¿Sus guardias derrotados por los del Cardenal! ¡No era posible!

Tan pronto el Rey hubo marchado a Palacio, dirigióse De Treville a su despacho y envió recado a Athos, Porthos y Aramis para que le viesan inmediatamente. En este intervalo, D'Artagnan, solicitando

la venía de de Treville, había penetrado en su despacho y allí quedó aguardando a que lo atendiera el capitán. No obstante, como llamaban a la puerta, se retiró a un rincón de la sala.

—¡Adelante!—gritó de Treville. Y llegaron ante su presencia los tres mosqueteros de mejor porte que D'Artagnan soñara ver en su vida. De Treville, las manos a la espalda, comentó a pasearse recorriendo la estancia cabizbajo. De repente, deteniéndose ante los tres mosqueteros, les preguntó a boca de jarro:

—Otra vez peleando, ¿eh?

—¿Peleando? —respondieron los tres al unísono con fingido aire de inocencia y sorpresa.

—Silencio! Inocentes como corcheros, ¿eh?

Con rápido movimiento, cogió a Athos por el brazo derecho y éste, haciendo un gesto de dolor, se hizo atrás rápidamente.

—¡Lo sabía! ¡Estáis heridos! —les acusó interrogativo mirando a los tres alternativamente.

—Nos atacaron...—exclamó Porthos.

—¡Silencio! ¡Los guardias del Cardenal! ¿No dije? ¡Eros insolentes bravucones! ¡Y os dejasteis derrotar! ¿Eran acaso ayer de otra pasta distinta que lo fueron antes?

—Eran cuatro...—comenzó a decir Athos.

—Y les hicimos huir...—prosiguió Aramis.

—Les ayudamos a huir más aprisa...—terció Porthos riendo, e hizo ademán como quien azota por detrás a otro que huye.

—Aun pueden inclinarse ante el Cardenal —interrumpió Athos, ya generalizada la risa francamente entre los cuatro.

—Pero no pueden sentarse—indicó Porthos.

Carraspeó fuertemente de Treville, recuperando y haciendo recuperar a los tres amigos su seriedad y, ya más satisfecho, indicó dirigiéndose a Athos:

—¡Qué pálido estáis, mi querido Athos! Voy a traeros cierto vino añejo...

Y como viera cierta indecisión en aceptar el obsequio, agregó:

—No queréis beber sin los otros dos, ¿eh?

Y se alejó sonriendo, para volver en seguida con una botella de la que se sirvieron los tres.

—Recordadlo, no haya más duelos en las calles... El Rey se duelo de que faltáis con frecuencia, más de la debida, a esta orden...

Y con cierta ironía, que no escapó a la sagacidad de los tres compañeros de armas, agregó:

—Si os atacan, que sea en lugar retirado y solitario... Tras el Luxemburgo, por ejemplo.

—Tal haremos, monsieur—contestó Porthos, contando de antemano con la aprobación de los otros dos.

—Mi consejo no quiere decir que me retracte de lo que dije... Pero si os atacan y no hay más remedio...

—terminó de Treville con una sonrisa picaresca.

Y riendo por terminada la entrevista, los tres mosqueteros saludaron a su capitán y se retiraron.

—¡Tres hombres que valen por trescientos! —comentó de Treville para sí dirigiéndose a su mesa de despacho y riendo al recordar el relato de la supuesta derrota de sus guardias.

—Divide que estabais aquí... ¿Qué desáis?—dijo de pronto, fijando su vista en D'Artagnan, quien, silencioso en un rincón de la sala, había contemplado la escena satisfecho.

—Os ruego que leáis esta carta, monsieur—contestó el aludido, entregando a de Treville la carta de su padre.

—¡D'Artagnan! ¡Y bien que sois un D'Artagnan!—comentó de Treville después de leer la carta y contemplando al joven—. El aire de familia os trasluce en la cara. Mucho

habéis crecido desde que os llevé a la pila bautismal.

—No creí que me recordaseis... —interrumpió D'Artagnan con cierta satisfacción.

—¿Cómo no recordaros? Tuvisteis la osadía, en mis propios brazos, de... Bueno, cosas de la infancia...

Ambos rieron y de Treville preguntó, aludiendo ya al tema que importaba:

—¿Os preparó vuestro padre?

—Me adiestró en esgrima desde pequeño.

—Recuerdo que juré hacer de vos la mejor espada de Francia... y si tal ha hecho, conozco la destreza que poseís y el orgullo que sentía al pensar que vos podíais heredarla.

—Mucho empeño puso en sus lecciones; empero, la semana pasada me hizo probar su acero...—contestó D'Artagnan, tocándose un hombro resentido por la estocada.

—Esta espada es pareja de la mía —observó de Treville—. Mucho y bueno debe esperar de vos, cuando os la da.

Y, después de contemplar el arma con aire pensativo, agregó mirando fijamente a D'Artagnan:

—Conque queréis ser mosquetero, ¿eh?

—Si me creéis digno de serlo.

—Nada hay que yo rehuse al hijo de D'Artagnan...

Sentóse en su sillón y prosiguió:

—Sóis noble y todos los mosqueteros lo son, si bien algunos ocultan sus títulos bajo nombres supuestos. Sin embargo, antes de ser mosquetero debéis servir dos años en la guardia..., a menos que ejecutéis hazañas de renombre.

Miró a D'Artagnan fijamente y prosiguió:

—Todo mosquetero lo es por su propio esfuerzo... Voy a extender vuestro nombramiento, y mientras tanto instalaos a vuestro gusto.

Y dichas estas palabras púsose a escribir, extendiendo el documento en virtud del cual el joven gascón veía cumplida la primera parte de su misión y ponía su espada y su vida al servicio del Rey, de la Reina y de Francia. Por ellos se batiría siempre y cuando se le requiriese y en tanto su honor estuviera en entredicho. Recordaba los consejos de su padre y sería mosquetero «por su propio esfuerzo», aunque para ello fuere necesario habérselas con el mismo Barrabás en forma de espadachín. Pensando en estas cosas, se había acercado a uno de los ventanales del despacho que daban a la calle y contemplaba ésta pensativo.

Ahora hablaba nuevamente de Treville, el que, levantándose, se acercaba a D'Artagnan con el nombramiento en la mano.

—Si queréis abriros camino en París, afejaos de asuntos políticos... evitad los duelos y no sucumbáis al amor—decía mientras D'Artagnan miraba nuevamente a la calle.

Ya no le escuchaba. Allí abajo, abriéndose camino por entre el gentío se descubría con aire temeroso más que por respeto a su paso, cruzaba un hombre a quien D'Artagnan reconoció inmediatamente por el mismo con quien había tenido tan infortunado encuentro en el camino. Era él, no cabía duda posible. Y el joven, sintiendo hervirle su sangre en las venas, volvióse rápidamente a de Treville y le preguntó:

—¡Capitán de Treville! ¿Quién es ese hombre a quien todos saludan? ¿Quién es? ¡Pronto, por favor!

—Es Rochefort, el esbirro del Cardenal — respondió de Treville, asomándose a su vez.

—¡Dispensadme, tengo un asunto pendiente con él!—gritó D'Artagnan; y se lanzó como una exhalación hacia la puerta desapareciendo antes que el capitán hubiese podido detenerle.

Bajaba D'Artagnan de dos en dos

las escaleras que conducían abajo, pero con tanto apresuramiento que, sin poderlo evitar, tropezó con uno de los mosqueteros.

—Lo siento mucho—dijo a éste.

—¿No podéis mirar adónde vais?

—contestó, deteniéndole por un brazo.

—Lo siento—dijo—Tengo prisa.

—Alguien debiera enseñaros modales... Quizás lo haga yo—insistió Athos, pues tal era el mosquetero aludido.

—Tras del Luxemburgo, entonces... ¡A las doce!—le gritó D'Artagnan tras un momento de titubeo, volviendo a emprender loca carrera.

Y aun oyó la voz de Athos que le gritaba:

—¡Estaré allí!

Veinte pasos más allá vio D'Artagnan dos mosqueteros que le cerraban el paso, pero siguió corriendo aunque calculando mal la distancia y fué a dar de manos a boca con uno de ellos que en ese momento retrocedía, sin dar tiempo al joven a detenerse.

—¿Qué prisa tenéis?—le preguntó Porthos, amoscado.

Y al ver que el joven no se detenía, echó a correr tras él. Ya en la puerta del cuartel, uno de los mosqueteros que había presenciado el

incidente, hizo una zancadilla a D'Artagnan y éste cayó al suelo cuan largo era. Cuando Porthos, resollando, llegó a su lado le dijo:

—¡Sois impertinente en demasía!

—Si buscáis pendencia, la encontraréis—contestó D'Artagnan, ya en pie y rojo de ira.

—¿Sí? ¿Y adónde?—preguntó Porthos un tanto asombrado, ya que no aguardaba tal respuesta.

—Tras del Luxemburgo, pero no ahora... ¡A la una!

Y echando a correr nuevamente, le gritó como despedida:

—¡Fantasmón!

Quiso Porthos responder al cumplido aplicando la punta de su bota en las posaderas de D'Artagnan, pero sólo el aire recibió nuestro joven amigo, a quien la prisa por dar con su hombre le hacía crecer alas. Pero la fortuna tampoco quiso serle propicia esta vez, pues al llegar al sitio donde había visto a Rochefort, no halló ni rastro del mismo, aunque recorrió buen espacio de tiempo los alrededores. Allí arriba, desde el balcón de su despacho, de Treville contemplaba a D'Artagnan y, sonriendo satisfecho, murmuró para sí:

—¡Gascón, como su padre!

Agregando luego con gesto orgulloso:

—Y como yo...

Mientras tanto, D'Artagnan, visto la inutilidad de sus pesquisas, habla encaminado sus pasos hacia una taberna próxima con ánimo de refrescar y reponer fuerzas. En una de las mesas del establecimiento se hallaba sentado, escribiendo, otro de los mosqueteros a quien D'Artagnan veía esa mañana por segunda vez. Era Aramis. En ese preciso momento, como viese éste que dos de sus compañeros se acercaban con ánimo de chanza, pues conocían sus inclinaciones de poeta, así como su fortuna en lides de amor, tiró disimuladamente al suelo el papel en que escribía.

—¿Qué escribis?—interrogaron a dúo sus amigos con cierta ironía.

—Nada, absolutamente nada —mintió Aramis sintiéndose seguro.

Pero D'Artagnan había recogido el papel y, acercándose, le dijo:

—Perdón, monsieur. Se os cayó esto.

—Estáis equivocado —respondió Aramis, mirándole furioso, mientras uno de los otros dos mosqueteros le arrebató el papel a D'Artagnan y leía en alta voz declarando:

«¡Vuestros ojos son de fuego, ardientes como mis... mis leños!»

Una carcajada de ambos compañeros coronó el final de la estrofa.

—¡Sueños! —rectificó furibundamente Aramis, al tiempo que dirigía poco amigables miradas a D'Artagnan.

—¡Ardientes como mis «leños»! —gritaban riendo los dos amigos mientras salían de la taberna.

—Mis excusas —exclamó D'Artagnan, descubriéndose ante Aramis, pues comprendía que su error le había hecho poner en ridículo al otro ante sus compañeros.

—¿Vuestras excusas? ¡Gascón! —fué la insultante respuesta del malhumorado Aramis.

Pero no contaba con el carácter impetuoso del joven, y éste respondió, llevando su diestra a la espada:

—¡Sí! ¡Y cuando un gascón ofrece excusas, hace el doble de lo que debe!

—Y si yo os diese media estocada... —repuso Aramis con el mismo ademán amenazador.

Pero, titubeando un segundo, agregó, ya más tranquilo:

—No, aquí no. Pienso mataros, pero en lugar retirado, donde no podáis envaneceros de haber muerto a mis manos.

—¿Qué os parece entonces tras

del Luxemburgo?—insinuó D'Artagnan tras breve cálculo mental del tiempo que tardaría en liquidar las otras dos citas.

—Allí mismo...—repuso complacido Aramis.—¿A qué hora?

—A las dos—fue la rápida respuesta de D'Artagnan.

Pidió al tabernero algo con que refrescar su boca reseca por tantas emociones, mientras Aramis salía, no sin que antes de trasponer la puerta se volviese a recordar en voz alta:

—¡A las dos, tras del Luxemburgo! ¡Sed puntual, os lo ruego!

Y, riendo, desapareció.

Mientras bebía, sentado a la mesa, cavilaba D'Artagnan sobre el extraño designio que le había llevado a desafiarse precisamente con los tres mosqueteros que, al parecer, en más estima tenía de Treville. Diestro tenía que ser si había de salir con bien del lance. No obstante, si hemos de ser sinceros, poco tardó el joven en alejar de su mente lo que para él era más bien motivo de satisfacción. Algo más le preocupaba y disgustaba el haber perdido la ocasión de encontrar y desafiar a Rochefort, para lograr lo cual no descansaría, viéndole, si preciso era, en su propia casa. Al fin, una son-

risa de satisfacción iluminó su simpático semblante, al recordar que desde hacia media hora pertenecía ya a los guardias de Su Majestad. Se puso en pie, pagó el gasto y salió de la taberna en el instante mismo en que el reloj de una torre cercana señalaba las once y media de la mañana.

—Perdonad, señor. ¿Podrías indicarme el camino más corto para ir al Luxemburgo?—preguntó D'Artagnan al primer transeúnte con que tropezó.

Y una vez orientado aproximadamente, dirigió sus pasos al lugar de su cita.

Athos fue puntual. A las doce llegó a los jardines que rodean el famoso palacio, y en su parte trasera, eligió el sitio adecuado para poderse batir sin mayor riesgo de ser descubiertos. Quitándose la casaca, que arrojó sobre un banco cercano, desenvainó la espada y comenzó, por distraerse, pues que su adversario se retrasaba, a hacer algunos pasos de esgrima probando la bondad de su acero. Pronto comenzó a impacientarse, y ya iba a prepararse a marchar, cuando desde el punto más alto de los jardines alcanzó a divisarle D'Artagnan, que, sin resuello, venía corriendo largo trecho. Des-

cendió a saltos las escaleras que aun le separaban de su casual enemigo y, jadeando, se excusó:

—Perdón por el retraso, monsieur. Anduve tanteando el camino, porque apenas conozco París.

—Recobrad el resuello. No quiero ventajas—indicó Athos, notando la fatiga de D'Artagnan.

—Vuestro brazo herido compensa mi desventaja, si es que la hay...

—repuso el joven recordando el incidente en el despacho de de Treville—. ¿Dónde están vuestros segundos?—preguntó mirando en derredor.

—No llegaron... ¿Y los vuestros?

—No los tengo.

—Entonces, estamos iguales... ¡En guardia!

Y dicho esto, ambos se aprestaron cruzando sus aceros, en el instante que aparecían Porthos y Aramis por donde antes había llegado D'Artagnan.

—Permitidme presentaros a mis padrinos... ¿Vuestro nombre?—preguntó Athos bajando la espada.

—¿Qué chanza es esta?—exclamó, interrumpiendo Porthos, que, con Aramis, compartía la sorpresa de ver a su futuro adversario dispuesto a batirse también con Athos.

—Voy a batirme con él—expli-

có éste, sin comprender aún la actitud de sus amigos.

—¡Y yo, en una hora!—exclamó Porthos, todavía extrañado.

—Y yo también—agregó Aramis, que no sabía si admirar o compadecer la audacia de D'Artagnan.

—¡A las dos!—aclaró el joven.

—¿Habéis desafiado a todos los mosqueteros de París?—preguntó Aramis sonriendo.

—No, a los tres más impertinentes—contestó D'Artagnan con tranquilidad que exasperó a Aramis, el más exaltado de los tres amigos en asuntos de armas.

—¡Concededme vuestro turno, Athos!—exclamó éste con rabia mal contenida.

—¡Cinco escudos si me permitis batirme con él ahora!—terció Porthos, sintiéndose ofendido por segunda vez esa mañana y pensando que Athos le dejaría sin enemigo.

D'Artagnan los contemplaba sonriente, cosa que no dejó de desconcertar un poco a Athos, el cual, mirándole a la cara, le dijo al fin:

—Quienquiera que sea lo bastante osado para desafiarnos a nosotros, o está loco o es un héroe... ¡Veámoslo!

Y por segunda vez levantaron sus

aceros, cuyas puntas sutilísimas cruzaron raudes hacia el pecho enemigo. Ni uno ni otro perdieron un palmo de terreno en las primeras fintas. Fijas sus miradas en la espada del contrario, firme el pulso, paraban y enviaban estocada tras estocada sin lograr tocarse. Tres veces Athos hizo dar un salto atrás a D'Artagnan y otras tantas volvió a perder el terreno ganado ante la impulsiva y maravillosa esgrima del joven. Los cuatro estaban admirados de que aun no hubiese surgido la primera gota de sangre. Tan admirados y ensimismados, que no se dieron cuenta de la llegada de seis guardias del Cardenal. Se detuvieron un momento sorprendidos, pero el que mandaba la patrulla exclamó, avanzando hacia el grupo de mosqueteros:

—¡Es un duelo!

—¡Los guardias del Cardenal! —avisó Porthos tan pronto los divisó.

—¡Quedáis arrestados! —les conminó el jefe de los guardias.

—¿Por orden de quién? —preguntó Aramis con calma.

—¡Por orden del Cardenal! ¡Habéis faltado al edicto!

—Aramis, ¿existe tal edicto contra el duelo? —preguntó Porthos,

burlón, a su amigo, dando a su expresión un aire ingenuo.

—¡Ah sí! Lo promulgó el Cardenal para protección de sus guardias, pues que son harto poco animosos —contestó el interpelado, siguiendo la broma.

—¡Se resisten! ¡Difaman al Cardenal! ¡Fuerza es atacar! —exclamó el jefe de la patrulla dirigiéndose a sus hombres, al tiempo que los seis desenvainaban las espadas poniéndose en guardia.

—Son seis contra tres —comenzó Aramis, al tiempo que arremetía con su primer adversario haciéndolo retroceder defendiéndose.

—Perdón, señores, ¡Si lo permitís, seis contra cuatro!

Y sin aguardar el consentimiento de sus recientes adversarios, se puso de un salto al lado de éstos haciéndose cargo de uno de los dos enemigos que Athos tenía delante.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó éste mientras lanzaba una estocada a fondo que atravesó el sombrero de su guardia.

—¡D'Artagnan, de Gascuña, y... desde hoy... de los guardias de Su Majestad! —contestó el joven mientras hacía retroceder, a su vez, al adversario que le tocara en suerte.

Pronto se deshizo de él al hacerle saltar la espada, que quedó colgada de un árbol como por arte de magia, y su dueño bonitamente sentado en una fuente. Inmediatamente acudió al lado de Aramis para aliviarle de otro de sus atacantes, mientras Porthos desarmaba también a su enemigo y le propinaba una paliza a cento de espada y en salva sea la parte que le hizo emprender veloz carrera a través de los jardines. Quedaban, por tanto, igualados en número, aunque Athos dió buena cuenta del jefe de la patrulla, rindiéndose los tres restantes a discreción.

Los cuatro amigos envainaron sus espadas, requirieron sus casacas y, abrazados, salieron de los jardines del Luxemburgo fraternalmente unidos ya por una amistad hacia D'Artagnan que nunca más, en el transcurso de sus vidas, había de quebrantarse. Y la canción de los mosqueteros del Rey se dejó oír una vez más iniciada por los tres amigos, y observando que D'Artagnan no la coreaba le preguntaron:

—¿No sabéis nuestra canción?

—La sé—respondió éste—, pero aun no soy mosquetero.

—Cantad, D'Artagnan, Puesto que es canción de victoria, debéis cantarla,

Y, cantando, se encaminaron a la taberna más próxima para sellar su amistad y brindar por ella.

—¡Lo que de Treville nos hubiera hecho, de hacer algo nosotros a D'Artagnan! — comentó Porthos mientras aguardaban el vino pedido.

—No nos dijisteis que es padrino vuestro...—observó Aramis.

—¡Todo se sabe!—aclaró Athos ante el gesto interrogativo de D'Artagnan, que, efectivamente, nada había dicho.

—¿Tenéis influencia con él?

—Si la tengo, no abusaré de ella.

—Ahora nos repartiremos el sermón entre cuatro...—dijo Aramis, al tiempo que traían sendos vasos de vino.

—¡Todos para uno y uno para todos! ¡Bebamos, señores! — brindó D'Artagnan.

—¡A costa de D'Artagnan!—exclamó Porthos— ¿Dónde vivís?

—No «vivo» en parte alguna.

—Yo os alojaré. ¿Tenéis sirviente? ¿No? Yo os buscaré uno.

—¿Tenéis dinero? ¿No? Pues yo... lo siento mucho... De paso, ¿qué dijo el camello al árabe?—preguntó Aramis, ante su segundo vaso de vino.

—¡Bebamos!—contestaron a dúo los otros tres apurando sus vasos.

Pronto salieron de la taberna encaminándose al sitio donde Athos, Porthos y Aramis tenían en vecindad su vivienda. Había que alojar a D'Artagnan, y pronto. Y los cuatro

esbeltos soldados de Su Majestad, confundidas sus siluetas y sus voces, dirigieron sus pasos a cierta plaza, desapareciendo por una estrecha calleja.

EL TOQUE DE QUEDA

NUNCA vió de Treville separados a los tres amigos. Cuando alguna vez, y siempre por igual motivo —el duelo y la paliza consiguiente propinada a los guardias del Cardenal—, los llamó a su despacho para «amonestarlos» paternalmente, sabía que ninguna de los tres faltaría aun cuando hubiesen de subir cojeando. Había un contraste formidable que encantaba al capitán, entre el valor y la destreza de sus tres mejores hombres y la ingenuidad de que hacían gala en todas las manifestaciones más salientes de su carácter alegre y desenfadado, aunque estudiados separadamente cada uno de ellos tuviera una personalidad marcadamente distinta. Athos, dis-

creto y amable, era el consejero en todo trance difícil. Consejero y protector en cuantas dificultades de dinero se presentaban, y aunque ignorando su pasado, se le suponía hombre de alcurnia y de dinero. Aramis, fino y sutil, pasaba por el romántico enamorado, y en verdad que hacía honor a su fama, pues era hombre de suerte en lances amorosos. Con veleidades de poeta, pasaba sus ratos de ocio componiendo madrigales para aquellas a quienes vencía con su apuesta figura y debía convencer con su pluma. En cuanto a Porthos, era el ángulo fuerte de la partida en su más cruda realidad, ya que, aparte de su nobleza y lealtad, poseía un temperamento práctico y humorista, destinado a resolver todas las minu-

cias de la vida de los tres amigos, y una corpulencia y fuerza extraordinarias, mediante las que abría brecha allí donde hubiera necesidad de resolver dificultades insuperables de fuerza física. Si algo faltaba aún a este conjunto formidable, se había completado ahora al aportar D'Artagnan tantas buenas cualidades como le adornaban. Eran cuatro espadas y cuatro corazones de insuperable valor e inteligencia. «Todos para uno y uno para todos», había dicho D'Artagnan. Y, efectivamente, a partir de entonces pelear, amar, sufrir y disfrutar, eran premios y desgracias de la vida que caerían por igual sobre los cuatro camaradas. Así unidos se les vió aquella mañana llegar a una plazuela de París.

—Todos vivimos en esta plaza—indicó Porthos, cogiendo del brazo a D'Artagnan—. Veamos... Athos vive allí. Yo ahí—e indicó dos viviendas de aspecto modesto y muy próximas una a otra.

—Yo vivo al otro lado—terció Aramis.

—Sí, y muy recluso, por cierto—interrumpió Porthos.

—Todo mosquetero requiere un retiro privado—explicó Aramis a D'Artagnan.

—Por eso no vivimos juntos...—aclaró Athos.

—Y en proximidad, para caso de peligro—se creyó en el deber de completar Porthos.

Con D'Artagnan en medio, se dirigieron los cuatro hacia una casa cercana, y Porthos, contemplándola, exclamó:

—Aquí no vive nadie. Es decir, ningún mosquetero...

—El misero de Bernajou se niega a alquilar su casa...—declaró Aramis.

—Veamos, ¿para qué son las campanillas?

Y Porthos, dando un fuerte tirón de la anilla que pendía sobre la puerta de entrada, avisó con estrépito su llegada. Un segundo después se abría la puerta, apareciendo en ella un hombre flaco, macilento y encorvado, con todas las trazas del usurero. Su torva mirada se dulcificó un tanto al ver el grupo de mosqueteros.

—¿Sois vos el llamado Bernajou?—preguntó Porthos a boca de jarro y con acento amenazador.

Nada acertó a responder el interpelado, haciendo sólo un gesto de afirmación con la cabeza.

—¿Sabéis que os aguarda la prisión?—tronó la voz de Porthos nuevamente.

—¿Qué he hecho yo?—preguntó, tembloroso y suplicante el otro.

—El Rey ha decretado que se cas-

tigue a los caseros que rehúsen alquilar habitaciones — respondió Porthos mientras sacaba un papel que desdobló y leyó para sí: «Joseph Ruelle, mercero, M. Porthos, vuestra cuenta está muy atrasada».

Volvió a doblar Porthos el papel, ante el cual el espanto del hombre creció de punto y agregó:

—En más de un año que os vigilo, jamás vi luz en el segundo piso...

—En él vive mi pupila, que es camarera de la Reina—explicó Bernajou, intentando esbozar una sonrisa, que más parecía una mueca.

—Y reside en Palacio, ¿eh? ¡El delito es palpable! —terció Athos, a quien la escena divertía sobremanera.

—Sí, y el castigo será doble. ¡Ya pronto vendrán a conducirlos!—continuó Porthos implacable.

Y el terror del otro llegó al colmo, pues juntando las manos iba a suplicar, cuando Aramis intervino apaciguador:

—¡Calmos, Porthos! Es nuestro vecino, y su semblante denota generosidad... Veamos la mejor forma de solucionar este desagradable asunto.

Vaciló un momento Porthos, para dar más carácter a su papel, y luego, fingiendo condescender, preguntó D'Artagnan:

—D'Artagnan, ¿condescenderíais a alojaros aquí, salvando así a este buen hombre de la Bastilla?

—Bien sabéis que nada pago donde vivo ahora... respondió el aludido, con gesto indiferente.

—Si así es, ¡dejemos que este menguado purgue su delito!

Y dió media vuelta, haciendo ademán de marcharse. Pero Bernajou les detuvo suplicante:

—¡Por favor! ¡Tampoco yo os cobraré nada! —exclamó aterrado ante la idea de ir a presidio.

Miráronse los cuatro amigos gravemente y, por fin, Porthos dijo:

—D'Artagnan, inspeccionemos la morada.

Y entraron los cuatro seguidos de Bernajou.

—¡Sí, sí! ¡Inspeccionadla, por favor!

—Unas cuantas botellas de Borgoña le ayudarán a decidirse...

—murmuró en voz baja al oído de Bernajou Aramis, mientras subían al segundo piso.

Y el hombre desapareció diligentemente para traer el vino, que, aun siendo un lujo desconocido para su taquería, lo consideró providencial en aquella ocasión, pues con ello evitaba un daño considerable a su persona y su economía.

El cuarto era amplio y conforta-

ble, y pronto los cuatro amigos brindaban ante un par de botellas de Borgoña, hecho lo cual, Porthos desapareció sin decir palabra, Athos, Aramis y D'Artagnan continuaron bebiendo y comentando alegremente la jugada hecha al viejo avaro, hasta que Porthos reapareció llevando cogido de un brazo a un joven delgaduchó que no parecía por su traza el descubridor de la pólvora. Al verse ante los mosqueteros, descubrióse con gesto sumiso, mientras Porthos explicaba presentándole a la reunión:

—D'Artagnan, vuestro sirviente.

—¿Dónde lo encontrasteis?—preguntó éste, tan sorprendido como los otros.

—En un puente, haciendo círculos en el agua con saliva, lo que demuestra su espíritu observador y reconcentrado — exclamó Porthos mientras se servía un vaso de vino.

—¿Cómo os llamáis? — preguntó D'Artagnan a su inesperado sirviente.

—Planchet, mi amo. ¿Cuánto... me pagaréis?—dijo el joven titubeando.

—Más de lo que valéis si me servís bien.

—¿Me daréis bien de comer?

—Comeréis de lo que yo coma.

—Y ¿dónde dormiré?

—Mucho preguntáis, pardiez. Sólo tengo una cama, pero la compartiremos. Yo dormiré sobre y vos debajo de ella.

Planchet abrió los ojos sorprendido por la respuesta, mientras los amigos reían observando la escena.

—Os tomo. Ved de servir el vino sin derramar gota.

Y Planchet comenzó desde ese momento su trabajo, pensando que, conviniéndole o no el jornal que se le diese, siempre sería más productivo que el hacer círculos de saliva en el agua.

—Ahora, D'Artagnan, solamente falta buscaros equipo... — exclamó Porthos sonriendo.

—De paso, prevengamos a Treville de lo sucedido tras el Luxemburgo, antes de que vea al Rey—indicó Aramis.

—Vos, Athos, sois el más indicado, pues que sois el más deservuido.

—Pero vos sois más atrevido... —replicó éste.

—Aramis es el más elocuente —insistió Porthos, tratando de alejar de sí la responsabilidad de la misión.

—Pero... [D'Artagnan es su ahijado!—exclamó Aramis, a quien tampoco le agradaba la perspectiva.

—¿Y qué dirá el ahijado a su pa-

drino?—Inquirió D'Artagnan, excusándose.

—No se diga más... ¡Vayamos todos juntos!

Y diciendo esto, Athos levantó su vaso, con el que chocaron los otros tres.

—¡Todos para uno y uno para todos!—exclamaron a coro.

Después de deber, abandonaron la estancia, dejando a Planchet inspeccionando todos los rincones, en la esperanza quizá de encontrar otro lecho mejor que el que su amo le había señalado.

Mientras tanto, en el Palacio del Cardenal y en su despacho privado, Richelieu y Rochefort conferenciaban. Llamaron a la puerta y, con la venia, penetró un correo especial, que, sacando un pliego lacrado del pecho de su casaca, lo entregó a Rochefort, saludó militarmente y salió.

—De Lady Winter — informó Rochefort al Cardenal, una vez enterado del contenido del mensaje.

Y continuó en voz más baja y gesto sorprendido:

—¡Buckingham viene a París! En secreto y disfrazado.

El agudo perfil de Richelieu se acentuó más aún, al punto de no resaltar de su rostro más que la

mirada, que había fijado en un punto invisible de la estancia.

—¡Viene a ver a la Reina!—murmuró—. Y en Buckingham se cifra todo el poder de Inglaterra, ya que él domina al Rey...

—¿Y quién domina al Rey de Francia si no es Richelieu? —insinuó Rochefort, que comprendía el alcance de las conjeturas del Cardenal.

—Os engañáis, Rochefort. Inglaterra tiene un Rey más débil que Francia.

—Lo que hay es que el Rey de Francia os atiende a vos con un oído y con el otro a la Reina...

—Buckingham ataca a Francia valido de una mujer...

—¿Ama a la Reina o aspira a gobernar dos reinos?—preguntó sonriendo insinuante Rochefort.

—Sospecho que trama algo desde hace tiempo. Sé de cierto que tiene cómplices en París...

Y mirando fijamente a su satélite, continuó:

—Auxiliares astutos y peligrosos, Rochefort..., a quienes es preciso descubrir y destruir para siempre.

—¿Otros auxiliares, aparte de la Reina?

—Quizás no...

Y agregó, decidido ya:

—Cerrad todas las puertas de París, redoblad la guardia y ordenad el toque de queda... ¡Atraparemos a Buckingham!

Poco tiempo había transcurrido después de la escena que acabamos de relatar, cuando ya las patrullas de guardias del Cardenal recorrían las calles de París sobre las que se iban extendiendo las sombras del crepúsculo.

—¡Recójense todos en sus casas! —era la orden de los guardias, tan pronto vislumbraban transeúntes por la calle.

—Planchet, ¿tocan toda la noche las campanas de París?—preguntó D'Artagnan a su criado, recogidos ya en su habitación.

—Eso es el toque de queda—respondió éste.

—¿Duerme de veras la gente en París?—volvió a preguntar.

—Sí, cuando no traspasas. Si no me necesitáis, quisiera acostarme.

—Hacedlo, pero no ronquéis, maese Planchet. Quiero soñar despierto un rato...—murmuró D'Artagnan.

Y desciñéndose la espada, se tumbó sobre el lecho. La mirada fija en el techo de la estancia en suave penumbra, D'Artagnan se dedicó a repasar mentalmente las incidencias acaecidas desde su partida

de Gascuña. Las campanas de París seguían tocando mientras tanto, envolviendo en sus notas metálicas una trama grave y siniestra: Dos poderosos personajes se batían a esas horas en duelo de astucia: uno, vigilando; el otro, tratando de burlar esa vigilancia. Si vencía Richelieu, era la guerra entre Francia e Inglaterra.

La campanilla de la casa de Bernajou sonó insistente. Salió el viejo, temeroso, y, abriendo la puerta con precaución, dejó pasar una mujer con el rostro oculto por una mantilla. El capuchón de su capa le ocultaba los cabellos. Cuando se descubrió, una vez cerrada nuevamente la puerta, Bernajou quedó sorprendido.

—¿Cómo es que habéis salido de Palacio a estas horas de la noche?—preguntó.

—Sali a cumplir un encargo de la Reina y la queda me hizo refugiarme aquí... Necesito enviar una nota.

Y diciendo esto, sentóse a escribir. Bernajou la contemplaba arrobado.

—Entregad esto al capitán de la guardia y me enviará escolta—dijo la joven, entregando la nota escrita y doblada a Bernajou.

—¿Cómo podré ir por esas calles?—inquirió medroso el viejo.



—No queréis beber sin
los otros dos, ¿eh?

—Cuando estéis libres os
haré mudar de pareos so-
bre mi caballo.



(Todos para uno y uno
para todos)



—(Pues que sois enemigo
de Francia, sois mi ene-
migo)

POR LA DAMA Y EL HONOR



—Mi espada está a vuestro servicio.

—También la Reina cree en vos...



... las notas armoniosas,
viriles, de la canción de los
mosqueteros.



... si para entonces no es-
tamos de vuelta...



—Quiero enviar un mensaje.

—¿No firméis con vuestro nombre?



Se puso en pie, aterrada



Vieron cómo desaparecía
bajo las aguas.



Sólo pensaba en los diamantes.

—¿La Reina lucirá los diamantes que vuestra Majestad le regaló?



Atragnan se cobraba la
denia.



—Llegamos a tiempo,
Constance...

—Esto os franqueará el paso— respondió la joven, imprimiendo en el papel doblado el sello de la Casa mal con una sortija.

La nota en cuestión era una orden laconica. Decía así: «Retened prisionero al portador hasta mañana, Constance».

—Vos sois el único ser por quien me arriesgo yo en una noche como ésta... Siento por vos más afecto del que debéis esperar de un mero tutor...

Y la mirada y gestos del viejo indicaban a la joven que algo más que afecto, en verdad, encubrían. Así es que se puso en guardia dando un paso atrás y diciendo:

—Entregad esto y así me probaréis vuestra devoción a la memoria de mi padre. ¿Qué esperáis?—preguntó, viendo que el viejo no se decidía a salir.

—Quizá queréis alejarme para veros con algún hombre...—insinuó, con mal contenida rabia Bernajou.

—¿No os sonroja decir eso?—exclamó indignada la joven.—Veo que tenéis miedo de ir—agregó luego para decirle.

—¿Miedo yo?

Y Bernajou, poniéndose el chambergo y la capa, salió de la casa. No obstante, no se movió de la puerta y se puso a escuchar aún receloso,

con el oído pegado al hueco de la mirilla. Oyó como la joven subía apresuradamente la escalera y, con sigilo, abrió nuevamente la puerta y penetró en la casa. Constance, entretanto, había entrado en su cuarto, en el que, ignorándolo, se hallaba D'Artagnan alojado con su criado y, en ese momento, acostados ambos, uno encima y otro debajo del propio lecho de Constance. Pero ésta no se detuvo a inspeccionar la estancia. Como quien manobra sobre terreno conocido, se dirigió directamente hacia la mesa y, tomando una vela encendida, se acercó a la ventana y comenzó a mover la luz de derecha a izquierda alternativamente. Era indudable que hacía una señal convenida con alguien de afuera. D'Artagnan había observado todo y, arrojándose del lecho con cautela, se acercó sin hacer ruido hasta colocarse a espaldas de la joven. «Hermosa es», pensaba D'Artagnan, que había podido ver su rostro cuando encendía la bujía. Un momento presintió Constance la presencia de alguien más que ella en la estancia, y, volviéndose repentinamente, se encontró con el rostro sonriente de D'Artagnan.

—No temáis—dijo éste, tratando de tranquilizar a la joven, sobresaltada por este encuentro inesperado.

—¿Quién sois vos? ¿Y qué hacéis en mi alcoba? —preguntó Constance, ya dominada su turbación.

—¿Vuestra alcoba? ¡Vos sois Constance, entonces, la camarera de la Reina! Yo soy D'Artagnan, de la guardia de Su Majestad—agregó, presentándose.

—¿Sabe Bernajou que estáis aquí?

—El mi alquiló esta alcoba. Ojalá no os cause molestia... Lo deploro de veras... porque veo que esperáis a alguien...

Aunque en vano, trataba D'Artagnan de tranquilizar a la joven e indagar el motivo de su misteriosa conducta. De pronto, Constance, reflejado el terror en su rostro, se abrazó a Artagnan, exclamando:

—¡Hay alguien debajo de esa cama! ¡He visto moverse las cortinillas!

—¿Quién está debajo de mi cama?—preguntó D'Artagnan riendo sin rechazar a la joven, como es natural.

—¡Nadie!—contestaron.

—¿Lo veis? ¡Nadie! Es mi sirviente Planchet, mostrad la cara.

Y por debajo del lecho apareció el rostro anguloso y sorprendido de Planchet.

—Dicha es, y grande, estar aquí, pero no quiero importunaros. Planchet y yo iremos abajo, mientras

vos... Mi dolor es no ser yo el atrevido galán—agregó D'Artagnan recordando las señales con la buja.

—Suponéis demasiado. Quedaos en paz en vuestra alcoba...

Y Constance salió de la estancia. Su gesto de preocupación hacia más gracioso su rostro, cuya hermosura había impresionado a D'Artagnan hasta el punto de determinar seguir sus pasos, presintiendo que algo anormal ocurría. Constance, entretanto, había llegado a la planta baja y corría presurosa a la puerta. Su aparición repentina apenas si dió tiempo a Bernajou para esconderse en un gran armario. Cuando la puerta se abrió, un mosquetero embozado hasta los ojos, Constance le condujo hasta una sala de la planta baja.

—Ese parece Aramis...—comentó para sí D'Artagnan, que, bajando la escalera, había contemplado la maniobra de Constance sin que ellos se percatasen de su presencia.

Y sin pensarlo más, intentó gastarle una pequeña broma a su amigo, y penetró en la sala, al tiempo que declamaba aquella estruendosa farsa, objeto de su desafío con Aramis: «Vuestros ojos son de fuego, ardientes como mis "leños"...»

—¡No lo consentiré en mi casa! —protestó Bernajou, saliendo de su escondite, desde donde había pro-

sencillado tantas cosas inexplicables, pero sospechosas.

—Perdonad mi intrusión, Aramis —exclamó D'Artagnan, al tiempo que entraba en la sala donde Constance condujera al misterioso embozado.

—¿Quién es este hombre? —preguntó aquél, descubriéndose ante la sorpresa de D'Artagnan.

—No lo sé. Le encontré hace un instante en mi alcoba —respondió Constance con respeto que no escapó a la observación de D'Artagnan.

—La mía —dijo — interrumpió éste.

—¿Un sicario del Cardenal! ¡Veréis cómo trato yo a los espías!

Se había echado atrás el otro haciendo ademán de desenvainar su espada, pero D'Artagnan, rápido «*à l'aveugle*», le sujetó la muñeca y se apresuró a atacar, diciendo:

—¡Insolente mosquetero! ¡Me ha llamado espía! ¡Le mataré!

—No hagáis tal! —exclamó aterrada Constance, sujetándole.

—¿Es el... Duque de Buckingham?

Pero estas palabras de la joven no hicieron más que acrecentar el furor de D'Artagnan.

—¡Pues que es enemigo de Francia, es mi enemigo!

E intentó desasirse de Constance, que forcejaba por retenerle, cuando de pronto se abrió la puerta de la estancia y apareció una dama de distinguido aspecto. Su rostro pálido denotaba la emoción que le embargaba. Era hermosa y vestía con una elegancia que, como su porte, dejaba transparentar su aristocrático origen.

—¡La Reina! —exclamó Constance excitadísima, haciendo una graciosa reverencia, mientras el Duque y D'Artagnan doblaban su rodilla respetuosos, humillando sus espadas.

No pasó desapercibida a Su Majestad la escena que estuvo a punto de desarrollarse, y preguntó sorprendida:

—¿Quién es este caballero?

Y su mirada se posó en D'Artagnan, que la contemplaba extasiado.

—Mi espada está a vuestro servicio —respondió éste.

—Entonces, envainadla.

Así lo hizo D'Artagnan, y, haciendo una reverencia, salió de la estancia, seguido por Constance.

«Todo esto es muy extraño, parece», pensaba D'Artagnan al salir, y la idea de que podía ser útil a su Reina le hizo sorreír satisfecho.

En aquella habitación, mientras tanto, se iba a desarrollar una escena, por presenciar la cual hubiera

cedido gustoso Richelieu la mitad de su influencia en el Reino.

—¡Milord, esto es locura! — exclamó la Reina cuando quedaron solos.

—Locura fuera no veros... ¡A palacio hubiera ido a veros yo! Creedlo — respondió Buckingham yehemente.

—¿Creéis que, de no saber cuán indómito sois, me hubiera arriesgado a venir aquí? Vuestra indiscreción es notoria—se dolió la Reina entre suplicante y ofendida.

—¿Acaso no he sufrido por vos insultos y humillaciones del Cardinal, del Rey? Todo lo sufrí por vuestro amor...

—¡Olvidáis que soy Reina!

—Sólo recuerdo que sois mujer.

—Nos alejan la enemistad de nuestros países y la cantidad de los juramentos... ¡Hablar de amor es sacrilegio en vos!

—Mayor sacrilegio es negarlo.

—Nos separa una muralla infranqueable—insistió la Reina.

Y sus manos se retorcian de desesperación e impotencia no encontrando la forma de vencer la tenacidad de un amor imposible... y funesto.

—¡Esa muralla la derribará la guerra! — exclamó el Duque, reti-

rando por vez primera su vista de aquella mujer a quien adoraba y por la que tanto arriesgara.

—Es indigno de vos hablar así.

—¡Por vos arrollaría yo al mundo!

—¡Arrollad antes mi honor! ¡Abrid la ventana, y vocead que la Reina está aquí! En tanto, podreis huir...

—Creí que me amabais... ¡y me tacháis de cobarde!

Y Buckingham bajó la cabeza, visiblemente dolorido ante la actitud irreductible de la Reina.

Fuera de la estancia, Constance y D'Artagnan aguardaban impacientes el resultado de la entrevista. D'Artagnan sabía el valor del secreto que poseía y antes se hubiese dejado acuchillar que revelarlo. Además, amaba ya a Constance. La amaba desde el momento en que la vió, envuelta en el suave misterio de su primer encuentro, y, amando a Constance, debía hacerlo también con las personas y cosas que a ella estuviesen ligadas en devoción y respeto.

—¡La adorabais, de conocerla como yo... — comentó Constance, fijos los ojos en la puerta de la habitación donde la Reina de Francia y el primer Consejero del Rey de Inglaterra se veían a solas, burlando la vigilancia y siniestros propó-

sitos del Cardenal Richelieu y Rochefort!

—¡Confíad en mí! —respondió D'Artagnan, dominado por el candor y exquisita delicadeza que exhalaban el rostro, las palabras y toda la adorable persona de Constance.

—¿Insinuáis que mi patria es antes que mi corazón? —exclamó la Reina con gesto contrariado.

—Sea como queráis. Como amigo vine... ¡Me hacéis retirarme como enemigo! —dijo el Duque, defendiendo y atacando los últimos baluartes de su desesperada pasión.

Y agregó:

—¡Mi país declarará la guerra!

—Si me llevaseis a Inglaterra, ¿se evitaria esa guerra? O... ¿sería acaso más encarnizada? —preguntó con ansiedad la Reina.

—Los grandes amores inspiran la paz, no la guerra... —fué la respuesta de Buckingham.

Y Ana de Austria tendió un puente sobre aquel abismo que se abría inexorable. La paz debía roinar, aun a costa de su felicidad y tranquilidad futuras. Desprendió de su pecho un maravilloso pendentif de diamantes y lo ofreció al Duque, diciéndole:

—Sean estos diamantes mi ofrenda de paz... Son mi posesión más valiosa. Me los regaló el Rey, en

nombre de Francia. Juradme que, en tanto estén en vuestro poder, no habrá guerra entre vuestro país y el mío.

—Lo juro... —exclamó Buckingham emocionado.

Y postrado a los pies de la Reina, agregó:

—Me erguí ante una Reina, y ahora me postro ante una diosa.

Besó la mano que Ana de Austria le tendía y, sin volver la cabeza, altivo, pero vencido en su fuero interno por el noble sacrificio de aquella mujer tan amada y admirada, salió de la estancia, dejando a la Reina con el orgullo intacto de su regia jerarquía, pero con su corazón de mujer, al fin, destrozado por la terrible burla que el destino le imponía.

Tan pronto vieron salir a Buckingham, Constance y D'Artagnan penetraron en aquella habitación. La Reina, ya repuesta en apariencia, dijo a éste:

—El secreto que poseéis puede destruirnos a todos...

—Confíad en él, señora, como yo confío —exclamó Constance.

—Eso hago —respondió la Reina, y agregó:— Debemos volver a Palacio.

—¡Vuestros diamantes!

Y Constance miraba a la Reina

sin poder explicarse por qué no lucían ya sobre su pecho los hermosos diamantes.

—Van camino de Inglaterra... —murmuró la Reina suavemente, mirando hacia la calle, quizá siguiendo mentalmente los pasos de aquel hombre que, a cambio de ellos, le dejara una promesa... también valiosísima.

—Si vuestra Majestad lo permite... —exclamó D'Artagnan, ofreciéndose para acompañar hasta Palacio a las dos mujeres que más admiraba en aquel momento.

—Si me reconocen, vos también perderéis la vida—observó la Reina.

Y por toda respuesta, D'Artagnan abrió la puerta para darles paso, y salió con ellas, decidido a vender cara su vida antes que ceder a la ambición del desalmado que atentase contra la seguridad de las dos mujeres.

—¡La Reina!... ¡Buckingham! ¡Esos diamantes! ¡Y en mi propia casa! —clamaba Bernajou, mesándose los cabellos y presa de terror. Iban las dos mujeres cubiertas sus cabezas por el capuchón de la capa, y D'Artagnan, dos pasos detrás, vigilando todos los detalles en sombra de las calles por que atravesaban, cuando oyeron pasos que delataban a una de las patrullas de vigilancia.

—¡Los guardias del Cardenal! —exclamó Constance, aterrada, cogiendo fuertemente del brazo a la Reina.

Pero ya D'Artagnan estaba sobre aviso y, colocándose en medio de ambas mujeres, las tomó del brazo y les hizo continuar su marcha diciendo:

—Seamos osados.

—¿No oísteis la queda? ¡Fuera de las calles! —exclamó el jefe de la patrulla de guardias cuando se enfrentaron con el grupo, y, continuando cada cual su camino en opuestas direcciones, bien pronto comprendieron que el primer peligro había pasado.

No obstante, poco les duró la tranquilidad, pues que poco más allá se oyeron canciones y risas estentóreas de soldados que se hallaban algo más alegres de la cuenta.

—Preveo chubasco... Reid, por favor, cual si hubierais bebido más de lo prudente—aconsejó D'Artagnan.

Y los tres, cogidos del brazo, reían cual si, efectivamente, su alegría procediese de algunas copas de más.

—¡Hermosa pareja de mocitas! Y un solo soldado para ambas... —exclamó uno de los que mantenían la alegría de un pelotón de guardias de relevo, al ver acercarse al grupo igualmente alegres y reidores.

—¿Adónde vais con las dos?—se atrevió a preguntar otro que, embriagado, se acercaba con propósitos poco tranquilizadores para las damas.

—Una es mi esposa, y la otra, mi amada—respondió D'Artagnan, que, sin perder la calma, empujó al soldado, que cayó cuando largo era en la calle.

Y continuaron riendo, lo mismo que los soldados, quienes no dieron más importancia al incidente.

Mientras tanto, en casa de Bernajou se había presentado una patrulla con orden de detención contra el mismo.

—¡Yo no sé nada! ¡Soy inocente! ¿Adónde me lleváis?—protestaba el viejo con el rostro descompuesto.

—¡A prisión!

La Reina, Constance y D'Artagnan, salvado el incidente con los soldados, prosiguieron su camino, acercándose a Palacio, donde entraron por una puertecita excusada. Cuando llegaron a la escalera que conducía a las reales habitaciones, D'Artagnan se detuvo dando por terminada su escolta.

—Salvasteis la situación... y me hicisteis reír por primera vez en mucho tiempo—le dijo la Reina, ofreciéndole su mano, que D'Artagnan besó con devoción.

Constance quedó rezagada, y D'Artagnan, acercándose, tomó de ambas manos a la joven, que le sonreía llena de admiración y agradecimiento.

—No olvidéis donde vivo..., Constance —susurró D'Artagnan muy cerca de su oído.

—No os olvidaré a vos, D'Artagnan...—contestó la joven, también quedamente, mirando a los ojos del joven gascón.

—Si aspiráis a alejaros de la política, a evitar duelos y a huir del amor, ¡no viváis en París!—comentó D'Artagnan, riendo francamente.

—Pero, llegasteis a París esta mañana, apenas—murmuró Constance.

—Así es... ¡pero me parece llevar aquí cien inefables años de ventura! ¡Os amo, Constance!—murmuró.

Y al ver que la joven hacía ademán de retirarse, besó sus manos apasionadamente, y agregó, al tiempo que se separaban:

—Había de batirme por el Rey, por la Reina y por Francia. También para vos está mi espada, Constance, lo mismo que mi corazón...

Antes de desaparecer en lo alto de la escalera, se volvió la joven y envió a D'Artagnan su mejor sonrisa, llena de promesas y también de ca-

riño que había prendido en su pecho con la misma fuerza arrolladora que en el del valiente gascón. Este salió del Palacio, encaminando sus pasos hacia la plaza donde residía. En sus labios, la sonrisa de siempre.

En su pecho, más decisión que nunca. Y el ruido de sus pasos en las calles silenciosas de París sirvió de compás, una vez más en ese día, a la canción de los mosqueteros, que cantó alegre, confiado, feliz...

¡TODOS PARA UNO Y UNO PARA TODOS!

NINGUNO de los cuatro personajes de nuestra historia que en aquella noche célebre compartieron el secreto de una entrevista, imaginó siquiera que pudiera haber aún otra persona enterada de todos los pormenores de aquel encuentro, y, menos aún, que esa persona estaba detenida por orden de Rochefort, quien, palabra por palabra, iba obteniendo, por medio del terror, detalles valiosísimos que utilizaría oportunamente para sus fines inconfesables. Aunque cayese una Reina. Aunque cayese el imperio entero.

Rochefort, pues, estaba esa mañana interrogando a través de una reja al aterrorizado Bernajou, quien, con la promesa de cobrar en buen

oro sus informes, había cedido a sus escrúpulos de conciencia, bien escasos por cierto, y relatado todos los pormenores del encuentro entre Ana de Austria y el Duque de Buckingham, Constance y D'Artagnan.

—¿Estás seguro de que en estos ocho días de prisión me habéis dicho todo lo que sabéis? —preguntaba Rochefort al viejo.

—Todo, tal como sucedió.

—Yo tengo agentes en todas partes y vos seréis uno de ellos. Os haré vigilar de cerca...

—Lo primero que voy a hacer es echar de mi casa al gascón de D'Artagnan... —exclamó el viejo, regocijado al saber que iba a poder vengarse del susto que le dieran los cuatro amigos.

—¡No, no, retenedle! Espiad-

cuanto haga, sin que él recela nada...—aconsejó Rochefort astutamente—. Vuestra casa será tan importante como el propio Palacio—agregó.

Y, levantándose, arrojó a través de la reja un saquito, cuyo tintineante sonido alegró los ojillos de zorro de Bernajou.

—¡Ponedle en libertad!—ordenó a los guardias que custodiaban al preso.

Y esto diciendo, salió de allí para dirigirse a la residencia de Richelieu.

Cuando Rochefort penetró en el despacho privado del Cardenal, éste se encontraba preocupado en extremo, y su actitud así lo demostraba. Con las manos a la espalda, recorría la estancia de un lado a otro, reflejada en su rostro la preocupación que le dominaba. De pronto, deteniéndose, miró a su lugarteniente y dijo:

—Rochefort, Buckingham se os ha escurrido de entre las manos disfrazado de mosquetero... Embarcó esta mañana... ¡Hasta Peylerand, el hostelero, está mejor informado que vos!—le acusó sonriendo irónico.

—¿Sabe el hostelero que el Duque se llevó consigo los diamantes de la Reina?—preguntó Rochefort, sin inmutarse, y adoptando una sonrisa de cruel cinismo, prosiguió—:

¿Sabe que la Reina se los dio para impedir que declare la guerra contra Richelieu y nuestro Rey?

—¿Tenéis prueba de eso?—preguntó a su vez el Cardenal, incrédulo.

—Que lo niegue la Reina... si puede—fue la respuesta cortante y triunfal del interpelado.

Dos horas después, recibía D'Artagnan una nota de Constance, breve y concisa, que decía: «D'Artagnan, necesito veros en seguida. Constance». Y el portador anunció que la joven aguardaba a la puerta. Dió D'Artagnan instrucciones al mensajero, y Constance se presentó poco después en la habitación del joven.

—¡Planchet! ¡Evaporaos!—ordenó éste, mientras daba los últimos toques a su arreglo personal.

Sonriendo feliz, se dirigió hacia Constance, pero ésta lo contuvo con una mirada severa y acusadora.

—¡Traidor! ¡Habéis vendido a la Reina!—se lamentó llena de coraje—. ¡Sólo vos lo sabiais! ¡Vos dijisteis al Cardenal que la Reina dió al Duque los diamantes!

Y ante la creciente sorpresa de D'Artagnan, prosiguió:

—¡Ahora, el Rey ha ordenado a la Reina que se ponga los diamantes el día del baile!

—No sé a qué aludís... ¡Sólo sé

que a nadie he hablado de lo que sé!—interrumpió D'Artagnan.

Y ante la mirada suplicante en que se notaban sus deseos de querer creer al hombre que amaba, D'Artagnan continuó con vehemencia, estrechando a Constanza entre sus brazos.

—¡Lo juro! ¿Cómo podría traicionar a quien reverencio? ¿Cuándo sólo vivo para adoraros!

—¡Yo quería creer en vos! También la Reina creía en vos... ¡Ahora está anonadada! ¡La aniquilarán, si pueden!

Y la joven, apoyada su hermosa cabeza en el pecho de D'Artagnan, rompió en sollozos. El golpe era de peso para el joven gascón, pero, hombre de recursos al fin, exclamó, decidido a obrar rápidamente:

—¿Cuándo tiene que ponerse los diamantes la Reina? ¿Cuándo es el baile en Palacio?

—Dentro de ocho días.

Y la joven miró a D'Artagnan con un destello de esperanza en sus bellísimos ojos.

—¡Volved a Palacio y pedid a la Reina una carta para Buckingham pidiéndole los diamantes! ¡Regresad en una hora!

Y la empujó suavemente hacia la puerta.

—¡En una hora!—le recordó cuando, ya en la puerta de la calle,

ambos debían tomar distintas direcciones.

Y D'Artagnan partió como una exhalación hacia el cuartel de moqueteros, donde, subiendo las escaleras de tres en tres hasta el despacho de de Treville, hizo irrupción en éste ante la sorpresa del Capitán, que, sentado ante su mesa de trabajo, escuchó estupefacto la petición de D'Artagnan.

—¡Capitán de Treville! ¡Necesito una licencia para partir dentro de una hora en misión especial!—exclamó éste, agitado aún por la carrera.

—¡Diez días de servicio, y queréis una licencia! ¿Cuál es vuestra misión?

—Afecta al honor... y quizás a la vida de una dama.

—¿Y cómo es eso?

—Es un secreto.

—¿Os pertenece ese secreto?

—No, monsieur; de la Reina.

—¿Os dió la Reina permiso para confiármelo?—preguntó de Treville, a quien empezaba a intrigar el asunto, poniéndose en pie de repente.

—No, al contrario.

—¿E ibais a entregármelo a mí?

—De otro modo no me daríais la licencia.

—¿Cómo os permitis dudar de

mi fealdad?—preguntó de Treville con aire ofendido.

Luego, pensativo, agregó:

—Solo, jamás llegaréis vivo a la costa. Necesitaréis ayuda.

—¿Cómo pedir a mis amigos que compartan el riesgo y no el secreto?

—indicó D'Artagnan.

—Si hay riesgo, yo sé de tres que lo acometerán gustosos...

—¿Os referís a Athos...?

—Porthos y Aramis, sí—interrumpió de Treville— Esos tres caballeros estarán en vuestra casa dentro de media hora. Os hará falta dinero...—agregó, mientras entregaba a D'Artagnan un saquito repleto de escudos, que éste quiso agradecer, interrumpiéndole el capitán impaciente— Estáis perdiendo el tiempo... ¡Idos, y buena suerte!

Y D'Artagnan desapareció rápidamente, seguido por la mirada sonriente del capitán.

—¡Ah, si yo tuviese veinte años menos!—comentó para sí.

Poco después, en el cuarto de D'Artagnan, los cuatro amigos y Constance acordaban las condiciones en que había de llevarse a cabo la empresa. D'Artagnan, con la carta de la Reina en la mano, explicaba a los demás:

—Yo la llevaré. Si algo me sucediere, la llevará el que sobreviva.

—¡Qué bien discurre el gascón!—comentó Porthos, a quien, junto con sus compañeros, encantaba la empresa precisamente por el peligro que ella encerraba.

—¿Dónde aguardo a vuestro regreso?—preguntó Constance.

—No en París, por supuesto—respondió D'Artagnan pensativo.

—¿Sabéis dónde está el castillo de la Fère?—preguntó a la joven Athos, que hasta ese momento nada había comentado.

—¿En el camino de Calais?—asintió Athos, y dijo, quitándose una sortija con el blasón de un título de nobleza grabado en relieve— En el castillo sólo hay un viejo criado... Mostradle este anillo. Allí estaréis segura.

Y entregó la joya a Constance.

—¿Cuándo debo ir?—inquirió ésta.

—Dentro de ocho días...—respondió D'Artagnan mirando a la joven con ternura. Y agregó— Si para entonces no estamos de vuelta, al atardecer...

No prosiguió. Sus manos se apretaron con fuerza con las de Constance, y sus miradas expresaron lo que las palabras no dijeron en aquel momento de emoción suprema. Luego, reaccionando, indicó a sus amigos:

—Planchet llevará los caballos...
Donde siempre.

—Estaremos allí sin falta —dijo Aramis.

Y salieron, dejando a los dos jóvenes despedirse sin testigos que pudieran restar sublimidad a unos minutos que para ellos significaban una hermosa promesa... si dentro de ocho días habían conseguido zafarse del odio de Rochefort.

Este estaba precisamente en aquellos mismos momentos impartiendo órdenes precisas para evitar que D'Artagnan y sus amigos pudieran salir de París, y de cuyo plan ya estaba informado gracias al servicio de espionaje montado cerca de D'Artagnan a cargo de Bernajou.

—¡Guardad bien las puertas!
¡Ningún mosquetero debe salir de París sin una orden del Cardenal! Si escapan, avisad a todos los agentes de aquí a Calais... ¡Es preciso detenerlos!

—¿Y si se resisten?—preguntó el ayudante de Rochefort, encargado de hacer cumplir sus órdenes.

—¡Es preciso detenerlos, como sea! —terminó Rochefort con un gesto expresivo—. Jourdain, voy a mandar un mensaje a Londres. Enviadme al punto un correo especial.

Peró si Rochefort no descansaba en su afán por echar por tierra los

planes de D'Artagnan y sus amigos, éstos no dormían tampoco, y ya se encontraban a caballo en el punto de cita, preparados a forzar, si preciso era, la salida de París.

—Concertemos una cita, por si nos separan en el camino—propuso Aramis.

—En «La Hostería del Rey y el Campesino»—acordó Athos.

—¡Atención! ¡Un guardia del Cardenal! —gritó D'Artagnan, al tiempo que pasaba ante ellos como una tromba un guardia a caballo— Y va hacia la puerta...

Y los cuatro jinetes se lanzaron tras el correo de Rochefort, que no era otro el aludido, con la esperanza de ganarle terreno.

Cuando llegaron a la puerta de salida, ya el pelotón de guardia en la misma estaba cerrando ésta. Se trataba de una de esas verjas pesadas, cuyo sistema de cierre era el llamado de «guillotina», o sea que cerraba de arriba hacia abajo. D'Artagnan, Athos y Aramis, abriéndose camino con sus espadas, pasaron a galope tendido, acostados sobre el cuello de sus caballos. Porthos, mientras tanto, había desmontado rápidamente y sostenía con todas sus hercúleas fuerzas la pesada verja que bajaba lentamente. Aramis le defendía al otro lado contra los ataques que le dirigían los soldados de

guardia, hasta que, por fin, viendo que Athos y D'Artagnan galopaban ya fuera de todo cuidado, abandonó la puerta y corrió hacia Aramis.

—¡Mi caballo se quedó dentro! —exclamó montando de un salto a la grupa del de su amigo—. Mis respetos al Cardenal—gritó al tiempo que partía a escape tras los otros dos.

—Escaparon por la puerta... ¡Aun los cazaremos!—informó en seguida Rochefort al Cardenal.

—¿Habéis hecho vigilar a esa Constance?—preguntó el Cardenal.

—Sí, Monseñor... ¿Mando apresarlas?

—Aun no. Conviene que la Reina nada sospeche.

La Reina estaba al tanto de todo cuanto ocurría, por los informes que con frecuencia le llevaba Constance. Así, cuando supo que los cuatro valientes mosqueteros, con D'Artagnan a la cabeza, habían conseguido trasponer la puerta de salida de París, su corazón latió con violencia y ya no tuvo momento de reposo. Sólo la confianza que Constance tenía puesta en su amado D'Artagnan se reflejaba de vez en cuando en el ánimo de su Reina y señora, y suspiraba anhelando por la suerte de sus leales servidores.

—Es preciso tener fe, señora...

—le decía Constance, tratando de dar a sus palabras una tranquilidad que no sentía por completo. Mientras tanto, en Londres, Lady Winter aguardaba noticias e instrucciones de Rochefort. Buckingham había regresado de París sano y salvo, a pesar de que con tiempo suficiente había ella puesto sobre aviso a su cómplice en Francia. Algo había que no marchaba con la debida regularidad, y contra todas sus previsiones, los planes elaborados en el mayor secreto con Rochefort no habían dado hasta entonces el resultado apetecido. ¿Quién se interponía entre ella y el Duque de Buckingham para que éste recelase y opusiera una resistencia tan tenaz a sus propósitos de seducción? ¿Qué ocurría en París que las noticias esperadas no llegaban? Así discurría una mañana en el lecho, cuando entró su doncella, entregándole un mensaje.

—¡Ah, de París! —exclamó Milady leyendo: «... y por eso rehusa firmarlo Buckingham. Preciso os será recurrir a todo vuestro ingenio para completar esta misión en seis días. Si fracasáis, pereceremos. Rochefort.» —¡Insensato! ¿Qué habrá hecho esta vez?—comentó enigmática saltando del lecho. Sentada al borde del mismo, con el mensaje en la mano, su mente trabajaba de

prisa. Pronto adoptó una resolución, y llamando a su doncella, le dijo:

—Matiide, esta noche quiero aparecer más deslumbradora que una Reina.

—¿Quiere Milady el vestido rosa?

—No, que la cita no es en el jardín... Me pondré el vestido negro.

—Pero, Milady nunca se presenta escotada... —exclamó con cierta extrañeza la doncella.

—Esta noche, sí.

Y sentándose frente a su tocador, dio comienzo a una complicadísima operación, consistente en cubrir con una ligera capa de cera la marca infamante que en cierta época turbia de su vida aventurera le habían grabado en un hombro.

Athos y D'Artagnan habían mientras tanto llegado a cierta hostería del camino y, echando pie a tierra, preguntaron al mozo de cuadras:

—¿Hay caballos disponibles?—y ante el gesto afirmativo del gánán, le advirtieron:—Pues cuidad bien de éstos, y dadles buen pienso.

Penetraron seguidamente en la hostería y pidieron algo con que reparar sus fuerzas. La carrera había sido dura y no sin incidentes. En todas las encrucijadas del camino habían tenido que abrirse paso a estocadas, mientras que algunos de sus apostados agresores habían que-

dado tendidos para siempre. No obstante, ambos amigos se sentaron a la mesa y comieron con apetito, sin que el buen humor hubiese cedido paso a la preocupación o al desaliento. D'Artagnan, empero, no se mostraba con la locuacidad de costumbre, cosa que no pasó inadvertida para Athos.

—Ved si están preparados los caballos—ordenó el joven al hostelero cuando hubieron comido.

—Porthos y Aramis están fuera de peligro, y nos reuniremos a la vuelta... Nada temáis—indicó Athos a D'Artagnan, notándole retraído.

—No es por ellos por quien temo...

—¡Ah, lo comprendo! Pensáis en vuestra amada...

—¿Que castillo es ese de la Fère? Suena a misterio... —preguntó intrigado D'Artagnan a su amigo.

Este, con gesto evasivo, contestó:

—El conde la Fère era amigo mío, y era... Era, como dije, amigo mío.

Y el brillo de su mirada se apagó un momento.

—¿Era de él el anillo que disteis a Constance?—preguntó D'Artagnan, que comenzaba a sondear en un misterio que el joven gascón se había propuesto aclarar.

—¿De qué os reís?—preguntó nuevamente ante la sonrisa enigmática y nerviosa de su amigo.

—De que el anillo de la Fère haya sido confiado a una mujer... Una mujer le perdió a él...

—Por eso él odiaba a todas las mujeres, como vos las odiáis, Athos...—murmuró lentamente el joven D'Artagnan mirando fijamente a Athos.

—Existe un acuerdo tácito entre los mosqueteros... y es el de no hacer preguntas íntimas—respondió el otro.

El diálogo quedó interrumpido en este punto por el ruido de cascos de caballos que se oyeron cercanos e hicieron que ambos amigos escuchasen con atención.

—¿Serán nuestros caballos?—preguntó D'Artagnan.

La respuesta llegó en forma de cinco hombres que penetraron en la hostería con poco tranquilizadores propósitos. Athos y D'Artagnan pusieronse en pie rápidamente, al tiempo que desnudaban sus acérras, y pronto se encontraron parando y tirando estocadas ante sus cinco agresores que trataron de arrinconarles. Pero habían estos calculado mal las fuerzas y destreza de sus adversarios. Dos cayeron inmediatamente, y por el hueco que dejaron pudo zafarse D'Artagnan del cerco en que se encontraban metidos. Athos siguió combatiendo ya de espaldas a la puerta de salida, y aunque

D'Artagnan no quería abandonarle, hubo de ceder ante el cariz favorable que presentaba su situación.

—¡Adelante, D'Artagnan! ¡A caballo!—le gritó Athos, conteniendo a los tres atacantes que intentaban a toda costa deshacerse de él. Y el joven gascón salió escapado y montó en el primer caballo que encontró a mano, desapareciendo a galope tendido en dirección a la costa.

—Sólo queda uno. ¡No pasará de Calais!—exclamó uno de los atacantes, enviando una estocada a Athos que éste paró magistralmente, y, saltando hacia atrás, cogió la lámpara de aceite que alumbraba la estancia y la arrojó con todas sus fuerzas al grupo de guardias. Todo quedó sumido en tinieblas, y Athos aprovechó al instante de confusión para desaparecer del lugar de la escena.

D'Artagnan, mientras tanto, salvados los últimos obstáculos puestos a su paso, llegaba a Calais después de durísimas jornadas a revienta caballo, quitando de en medio a muchos enemigos y dejando escalonados por el camino a sus tres amigos. ¿Cómo los encontraría? Allí quedaron, cubriéndole la retirada y batiéndose con enemigos siempre más numerosos que ellos. ¡Magníficos hombres!

D'Artagnan dejó su caballo e im-

pedimenta en la primera hostería de Calais que encontró al paso, y ya bien cerrada la noche, se dirigió hacia el desembarcadero, en el mismo momento en que dejaba su embarcación una dama que acababa de llegar de Inglaterra. Oyó que esta hablaba con un hombre que se había adelantado a recibirla, y se ocultó tras unas cajas amontonadas en el muelle, con la esperanza de escuchar la conversación.

—Vuestro carruaje aguarda... ¿Iréis a París esta noche?—preguntó el hombre a la dama en cuestión.

—No lo sabré hasta que les los mensajes.

Y se alzó, dando con ello ocasión a D'Artagnan para dirigirse al embarcadero, a fin de indagar la posibilidad de embarcar para Inglaterra.

—¿Salís para Inglaterra esta noche, capitán?—preguntó el joven al marino que se encontraba en el portalón de la salida de la embarcación recién llegada.

—Con la marea alta, pero no como pasajeros.

—¿No desembarcó una dama?

—Sí, pero esa dama llevaba pasaportes en toda regla.

—También yo lo tengo.

—Quisiera verlo.

—Lo dejé en la hostería... Volveré a la hora de zarpar.

Y esto diciendo, volvió D'Artagnan sobre sus pasos, procurando descubrir el paradero de la dama. No tardó en localizarla a la puerta de su misma hostería y dando órdenes a varios hombres que la escuchaban en respetuosa actitud.

—Saldré hacia París en cuanto tome un bocado. Preparad el coche.

Se mantuvo D'Artagnan oculto tras unos setos cercanos a la entrada de la hostería, y poco después vió luz en uno de los balcones altos. Pronto adoptó una resolución y, desenvainando su espada, gritó fingiendo un ataque contra un adversario imaginario.

—¡Hola! ¿Qué hacéis en esa ventana? ¡Bajad de ahí! ¡En guardia!

Comenzó a lanzar estocadas al aire, haciendo chocar de cuando en cuando su acero con las ramas de los setos. Su maniobra dió el resultado apetecido, pues ante el ruido de la falsa lucha se abrió el balcón y apareció en el mismo la dama del barco.

—Huyó, señora... Era un hombre... Se encaramó a vuestro balcón. Le di una estocada en el hombro. Yo salía de ver a mi caballo, y vi que alguien se encaramaba, de esta manera...

Y así diciendo, D'Artagnan subió hasta el balcón, valiéndose de las ramas de una planta trepadora.

—Sospeché algo siniestro y le ordené bajar... Saltó y cruzamos los aceros... Logré herirle y huyó des-pavorido...

La mujer le contemplaba, entre-tanto, dibujada en su rostro una li-gera sonrisa.

—Perdonad que os contemple así, pero creo reconoceros... ¡Ah, sí, nos vimos camino de París! Vos montabais un caballo sumamente... raro.

—Y me aconsejasteis no batirme con vuestro amigo. Yo desol el con-sejo... —completó D'Artagnan, sin añadir que desde el primer momen-to en que la vió al desembarcar ya la había él también reconocido.

—¿Y qué pasó?

—Uno de sus esbirros me abrió la cabeza, y durante dos días os vi constantemente, en mi delirio.

—Me alagro y me conduelo... ¿Y qué hacéis en Calais?

—Ahora iba a hacer lo que vais, comer—respondió D'Artagnan vien-do encima de la mesa de la habi-tación los preparativos para la co-mida de la dama.

—Lo menos que puedo hacer por tan galante defensor, es invitarla... ¿Queréis pasar?

E invitó con un gesto a D'Artag-nan, que se mantenía en el balcón.

—Vuestro enemigo puede vol-ver... —insinuó éste. No obstante,

penetraba en la estancia al mismo tiempo.

—¿Adónde vais de paso por Ca-lais?—insistió la dama.

—Tenía deseos de visitar Lon-dres, pero he sabido que no puedo embarcar sin pasaporte.

—Eso puedo yo solucionarlo... Os daré mi salvoconducto.

—¿No está extendido a nombre de una dama?

—No, está al portador, y lo fir-ma el Cardenal Richelieu—y mos-tró a D'Artagnan, en efecto, un sal-voconducto en dichas condiciones—Y para que podáis volver de Lon-dres... este otro está firmado por el Duque de Buckingham.

Y entregando al joven los docu-mentos, se quedó observando el efecto que en éste hacían sus pa-labras y los nombres especialmente de tales firmas. Sin embargo, D'Ar-tagnan, ya de lleno en el juego, poco o nada dejó traslucir en su rostro. Antes bien, con cierto aire de inge-nuidad, preguntó:

—¿Cómo podré pagaros lo que hacéis por mí?

—Visitándome cuando volváis a París.

Y agregó expresiva:

—¿A quién debo esperar?

—Mi nombre es Ar... Arleville —respondió con ligero titubeo que no pasó inadvertido a la dama.

—¿Arleville? —preguntó recalando ésta.

—¿Y por quién debo preguntar yo?

—Por Lady Winter.

D'Artagnan se levantó. Le molestaba la prolongación excesiva de la farsa, y estaba deseando zafarse de esta situación violenta; forzando los acontecimientos. Algo le decía que esta mujer estaba intimamente ligada a la misma empresa en que él y sus amigos se jugaban la vida.

—¿Me permitís ir al barco? —exclamó sin dejar adivinar sus pensamientos.

—Dijisteis tener hambre...

—Comeré algo a bordo.

—Poco me habéis dicho de vuestro viaje a Londres... ¿Os lleva el deber... o el amor? Presumo que es el amor... Habladme de ella— fingió interesarse Milady, queriendo retener a D'Artagnan a toda costa.

—Es un portento de hermosura...

—Naturalmente.

—Ei... es encantadora. Y es... sumamente hermosa — contestó D'Artagnan titubeando.

—¡Ah, cómo os envidio! Vos viajáis por amor, mientras yo viajo por...

—¿Por qué? —preguntó D'Artagnan, quien por un momento creyó en una confesión reveladora de la verdadera misión de Milady.

—Por mis pasaportes veréis que viajo por Richelieu.

—O por Buckingham...

—Y por Buckingham también— asintió ella fingiendo indiferencia.

—La campana del puerto...

—Sí, y si no queréis perder el barco... Arleville, bebamos por el éxito de nuestras empresas... ¡Triunfad de la vida, y triunfe yo de la muerte! Mi vida está siempre en peligro, y más ahora, con este viaje a París...

Milady atacaba a fondo, cambiando la táctica, buscando que sus veladas revelaciones pudieran arrancar otras valiosas de D'Artagnan. Así, prosiguió:

—Ese hombre que visteis presagiaba algo malo... Presiento que me persiguen... Ahora no tendré quien me defienda...

Y retorciéndose las manos fingió una excitación que no sentía.

—¿No tenéis guardias? —preguntó D'Artagnan, comprendiendo ya la temible clase de adversario que tenía enfrente.

—Mis guardias pueden codiciar esta joya...

Y Milady sacó de su pecho el pendentif de diamantes de la Reina. Una estocada en el pecho no huble-
ra hecho en el joven más efecto que

la contemplación de la joya en manos de aquella mujer.

—¿Lo habéis visto alguna vez?

—No... pero me pasó su magnificencia. ¿Os mandó Buckingham entregar eso en París?

—¿Por qué decía eso? Procedéis cual si supieseis algo de mí...

Luego, recogiendo velas, agregó sonriendo:

—Perdonadme... Mi temor me hace recelar de todos... Os dije ya mucho más de lo que fuera prudente...

Comenzó a pasearse de arriba abajo hasta que, encarándose con D'Artagnan, le dijo de pronto:

—Recordadlo, éste es un secreto de Estado... Si osarais decir una sola palabra...—por un momento sus ojos brillaron extrañamente amenazadores— Pero, no, vos nada diréis. Idos, idos ya.

—No me iré. Vos dijisteis necesítame.

—¿No ibais a Londres? ¡Arlevi-
lle, si yo supiese que...! ¡Ah, estós
nervica! ¡Estoy tan excitada!...

—Y por eso no debéis viajar sola. Haré cuanto esté en mi mano

para que vuestro tesoro llegue a su destino a tiempo.

—¿A tiempo? Quién habló de llegar a tiempo?

—Vos, pues que viajáis con tanta prisa.

—Sí, y con menos prudencia y mayor miedo de lo que fuera menester... Os lo prevengo, en tanto estéis cerca de mí, vuestra vida perderá de un cabello.

—¿Emprendemos la vuelta?— preguntó D'Artagnan por toda respuesta.

Y ambos salieron de la estancia donde el juego de dos astucias había revelado los planes de uno y otro. Sólo que en este juego D'Artagnan apostaba su vida, valiosísima, contra la de Milady, despreciable. El iba en busca de algo que aquella mujer llevaba encima, con propósitos y destino completamente distintos. El iba a restituir una honra en entredicho. Ella, en cambio, trataba de desencadenar una tragedia cuyo volumen sólo la historia podría un día agullatar. La duda, pues, no era posible y menos en el pecho de un gascón.

VALOR Y NOBLEZA IGUALAN

CUANDO Milady bajó, seguida de D'Artagnan, ya estaba el coche preparado a la puerta. Cuatro o cinco guardias del Cardenal se hallaban aguardando cerca del mismo, y Milady se acercó al que parecía mandaba la escolta diciéndole:

—Este caballero va a acompañarme.

Se acercó aún más y haciendo una seña imperceptible agregó:

—Quiero ir a París por el camino más breve, y...

Sin terminar la frase contempló impasible cómo cuatro de los hombres se abalanzaban por la espalda sobre D'Artagnan, le desarmaban, y, atándole de pies y manos, le metían en el coche, quedando inmovilizado, amordazado, inerte, frente a Mi-

lady, la que le contemplaba con una sonrisa de triunfo. Un minuto después partía el carruaje hacia París con toda la rapidez que podían proporcionar los cuatro hermosos y potentes animales que le arrastraban.

Lejos ya de Calais, Milady quitó la mordaza al joven, preguntándole con ironía:

—¿Estáis cómodo?

—¡Mucho!

Y los ojos de D'Artagnan despidieron aquella fulminante mirada que hacía temblar a sus adversarios cuando tenía la espada empuñada.

—¿Con quién batisteis bajo mi balcón, en Calais?

—Con un necio llamado Arleville. Pero aun no habéis ganado la partida.

—De no haberseme prevenido a

tiempo, hubieseis logrado engañarme... ¡Sois tan irresistible! ¿Cómo se os ocurrió a vos la misión de pedir los diamantes a Buckingham?—preguntó intrigada Milady.

—¿Cómo los conseguisteis vos?

—Tal como vos me los hubieseis arrebatado a mí, de haber podido—respondió Milady con un gesto expresivo.

—El Cardenal se vale de ladrones, ¿eh?

—Jamás he visto al Cardenal. Soy agente de Rochefort... Vos conocéis a Rochefort... La primera vez que lo irritasteis os hizo descabalar... Y él dará el broche al Cardenal.

Se levantó de su asiento y registrando a D'Artagnan comentó:

—Su Eminencia gustará de leer la carta de la Reina al Duque... ¿Dónde la tenéis? ¡Ah, lo suponía! Junto al corazón. De haber tenido esta carta a tiempo, el ayudante del duque de Buckingham estaría vivo aún.

—¿Vais a matarme a mí también?—preguntó D'Artagnan indiferente, cuando Milady hubo leído la carta.

—Naturalmente, si intentáis escapar.

Mientras, el carruaje rodaba con rapidez y D'Artagnan, aprovechando el que Milady había cerrado los ojos y parecía dormir, quiso probar

desatarse. Sus esfuerzos, empero, resultaban vanos y Milady observó de pronto:

—¿Aun no os cansasteis de intentar desataros? Debéis tener las muñecas en carne viva... Esperaba que me hicieseis el amor... ¿Por qué os abstuvisteis?—preguntó cambiando su expresión—. ¡Ah, ya sé! Constancia...

Y ante el gesto de asombro de D'Artagnan, agregó con marcada crueldad.

—¿Creisteis que yo nada sabía de Constance? Rochefort nada hace a medias... La veréis en la Fête. Pero hasta entonces...

Y pasando a sentarse al lado del joven, acercó su rostro provocativa buscando sus labios. D'Artagnan la rechazó con un gesto de repulsa que hizo relampaguear de odio los ojos de la aventurera.

—¿Tan poco seductora soy? Vuestra resistencia me intriga, D'Artagnan...

Y éste se dio cuenta de que si alguna probabilidad había tenido hasta ahora de salvar su vida, despreciando a Milady había firmado su sentencia de muerte.

—Ya llegamos a la hostería, Milady—anunció uno de los escoltas, al tiempo que el carruaje se detenía a la puerta de la misma posada en que Athos quedara ante tres ad-

versarios cubriendo la retirada de D'Artagnan.

—Voy a enviar un mensaje— contestó ésta, dispuesta a apaarse. Dentro de la hostería, y sentados a una de las mesas, se encontraban reunidos Athos, Porthos y Aramis. Sus semblantes denotaban ansiedad y preocupación y, al oír la llegada del coche de Milady, Athos ordenó al hostelero:

—Ved quién es.

Este se asomó y volvió a entrar informando:

—Es una mujer, monsieur.

—Si no llega pronto, es señal de que...

Esto comentaba Athos con sus compañeros, cuando penetró Milady, que, sin mirarlos, dirigiéndose al hostelero, indicó autoritaria:

—Quiero enviar un mensaje.

Al ver y oír a esta mujer, Athos, frunciendo el entrecejo, había callado repentinamente.

—¿Un solo mensaje? ¡Mejor! Solamente me queda una paloma mensajera. Entre mosqueteros se comieron tres.

Y con el objeto indicado, Milady pasó a una de las habitaciones interiores, sentándose a escribir seguidamente. Había dejado la puerta abierta, y un momento después apareció en la misma, tratando de no llamar su atención, el hombre que

un día le diera, con su nombre, un título de condesa immaculada y una posición magnífica en la corte de Francia. Athos, el conde de la Fère, había contraído enlace con Milady hacía algunos años y, tiempo después, comprobó horrorizado el enorme error cometido. La condesa de la Fère era un monstruo de crueldad encerrado en la envoltura de una mujer bella, trágicamente bella. Y la arrojó de su lado, cuando ya el blasón de los La Fère llevaba la marcha infamante del crimen. Así surgió Athos, uno de los más valientes mosqueteros de Su Majestad, el más abnegado, el más discreto y quizá también el más distinguido, ya que su noble origen no pudo desaparecer en el anónimo como su nombre. Consagró su vida a Francia y a sus Reyes, pero nada hizo por desterrar de su corazón, al correr de los años, el odio contraído por las mujeres.

Durante un momento estuvo contemplando a Milady sin que ésta, preocupada únicamente en la redacción del mensaje que había de enviar a Rochefort, se diese cuenta de su presencia. Luego avanzó hasta colocarse a sus espaldas y pudo enterarse del contenido de aquel mensaje firmado con un nombre tan falso como las promesas y reputación de quien lo estampaba.

—¿No firmáis con vuestro nombre?—preguntó Athos.

Y su mirada se cruzó con la de Milady un tranquilo desafío a la mezcla de odio y terror que el rostro de ésta reflejaba. Como un relámpago, se puso en pie, tratando de adivinar durante aquellos segundos de violento silencio, las intenciones de aquel hombre, a quien tanto daño había ocasionado. Al fin, Athos volvióse para cerrar la puerta de la habitación, pero no pudo completar su intento. Con la rapidez que aconsejan las soluciones desesperadas, tomó Milady el candelabro que sostenía la bujía con que se alumbraba y dio con él un fuerte golpe en la cabeza de Athos, que cayó pesadamente, quedando tendido sin conocimiento. Inmediatamente después entregaba su mensaje al hacedor y daba órdenes para ponerse en marcha seguidamente. El mensaje, como todas, era laconico, pero claro y expresivo. Decía así: «Traigo prisionero a D'Artagnan y me defenderé en el castillo de La Fère, como me ordenasteis. Llegaré a la hora convenida. Lady Winter».

Todo esto sucedió en pocos minutos, pero los suficientes para que, mientras tanto, Aramis se asomase casualmente a la ventana y, fijándose en el carruaje, viese a D'Artag-

nan sentado en su interior, atado y amordazado. Durante un momento se resistió a dar crédito a sus ojos, pero pronto se convenció de que, efectivamente, el prisionero que allí iba inmovilizado por completo, era su amigo D'Artagnan, a quien ellos aguardaban con tanta ansiedad. Por otra parte, Planchet, que también formaba parte de la expedición, había descubierto en ese mismo instante el cuerpo inanimado de Athos y daba la voz de alarma, a la que acudieron Porthos y Aramis de inmediato. Pronto consiguieron reanimar a su amigo, y sus primeras palabras fueron pronunciadas con angustiado acento.

—¡Esa mujer! ¿Dónde está? ¡Se lleva prisionero a D'Artagnan!

—Calmos, Athos. Pronto les daremos alcance. Ya está Planchet preparando los caballos. ¿Os sentís mejor?—exclamó Aramis, contemplando a su compañero, mientras Porthos traía, ofreciéndosela, una copa de vino.

—Sí, ya estoy bien. Pero no hay tiempo que perder, pues ya nos deben llevar un par de millas de ventaja... He aquí a Planchet.

Sallieron como una tromba de la hostería y minutos después, en carrera desenfundada, se encontraban a tiro de pistola del carruaje, cuyo conductor, habiendo sido advertido

de la persecución de que eran objeto, fustigaba cruelmente a los caballos, que arrastraban su carga a una velocidad vertiginosa. No obstante, Athos, que conocía este camino en sus menores detalles, se adelantó a sus compañeros y, tomando por un atajo seguido de los otros, coronaron una pequeña colina, lanzándose nuevamente al camino una milla más allá, para caer sobre el carruaje y su escolta, a la que atacaron, desmontando a los jinetes, que cayeron heridos o muertos; y desarmando y haciendo huir a campo traviesa al conductor y su ayudante. Saltó Athos dentro del coche, tomando asiento al lado de D'Artagnan, al que desató inmediatamente, mientras Porthos y Aramis, después de saludarle alegremente, se acomodaron en el pescante, no sin antes advertir a Planchet:

—¡Que no se apoderen de los caballos!

Y este tuvo que hacer prodigios de habilidad para sostener de las bridas a los cuatro animales y procurar sostenerse él mismo aferrado a la plataforma trasera del vehículo, que volvió a adquirir una buena marcha guiado por las expertas manos de Porthos.

Preguntó Aramis desde arriba adónde se dirigían y cuál era la con-

signa, a lo que D'Artagnan respondió sonriendo satisfecho a su amigo:

—¡Constance! ¡Al castillo de La Fère!

Milady contemplaba alternativamente a los dos hombres sentados frente a ella. Sabía que había perdido la partida y que ya en el juego peligroso y poco noble que había estado haciendo hasta ahora, se acababa de tirar la última baza. Sin embargo, en su espíritu de maligna rebeldía no sabía la humilde actitud del arrepentimiento sincero y, como una fiera acorralada, esperaba, preparada a responder al ataque de sus enemigos.

—¿Sabéis con quién vamos viajando. D'Artagnan? — preguntó Athos, sin perder de vista a Milady.

—Con una ladrona.

Y el joven se frotaba las muñecas, desolladas por las ligaduras.

—¡Con una asesina! Con la condesa de La Fère... mi esposa.

D'Artagnan dió un respingo en su asiento, mirando incrédulo a su amigo.

—¡Mentís! ¡Yo soy Lady Winter! ¡Jamás nos hemos visto! — exclamó ella con cínica sonrisa.

—Asesinasteis a mi hermano y el verdugo os puso su marca infamante en el hombro...

Milady, siempre sonriendo, se descubrió el hombro izquierdo, que-

riendo desmentir con la prueba las palabras de Athos.

—¡El derecho! — exclamó éste, incorporándose y dejando de un tirón al descubierto el otro hombro, en el que una maniobra habilidosa de Milady había borrado aquella marca.

Un segundo solamente titubeó Athos y, con una pequeña presión de sus dedos, hizo saltar la ligera capa de cera, mostrando a los ojos asombrados de D'Artagnan la Flor de Lis reveladora de la exactitud de aquella tremenda acusación.

—¡Los diamantes de la Reina! — exclamó de pronto, al ver que Milady extraía de su pecho el pendiente, arrebatándosele D'Artagnan antes de que pudiese poner en práctica sus malvadas intenciones.

Ya hacía bastante tiempo que había amanecido, cuando el carruaje se detuvo ante la hostería del Rey y el Campesino, no muy lejos ya del castillo donde debían nuestros amigos encontrar a Constance, conforme habían convenido. Planchet, que, no obstante sus esfuerzos por retener a los caballos, se había visto en la necesidad de soltarlos o quedarse él en el camino, se apeó rápidamente y procedió a desenganchar a los fatigados animales que hasta entonces habían conducido el coche en durísima jornada. Entretanto, Por-

thos ya se había procurado otro nuevo tiro de refresco que engancharon de inmediato para partir nuevamente con la misma rapidez que habían traído. En este intervalo, D'Artagnan se había apoderado del maletín de mano de Milady, que abrió, extrayendo un rollo de pergamino sellado con las insignias de Richelieu. Leyó ávidamente el contenido del escrito y exclamó, mostrando el documento a Athos:

—¡Athos! ¡Esto significa alta traición! ¡Y lo firma Rochefort!

Había caído en sus manos el documento mediante el cual, Rochefort traicionaba a su patria, estableciendo un tratado secreto con Inglaterra para que ésta declarase la guerra a Francia. El, mientras tanto, derribaría a Luis XIII, quitarle de en medio a Richelieu y se constituiría en gobernante absoluto de su país, después de pactar con Inglaterra una paz vergonzosa, cediendo a las condiciones que quisiera imponer el vencedor, siempre que una de ellas fuese la de reforzar su posición a la cabeza del Estado. En fin, nada se había perdido, mientras la carrera hacia París tuviera como epílogo la entrada triunfal de los cuatro amigos y Constance en el Palacio Real.

Aun corrió el carruaje durante media hora, al cabo de la cual, en

lo alto de una suave colina, se divisaba ya majestuoso y severo el Castillo de La Fère. El Sena corría por allí ancho y profundo y sobre él, hasta la verja de entrada al Castillo, hubo el empuje de salvar un puente. Antes de salir por el otro extremo, se deluvieron hasta tanto se les franquease la entrada.

—El castillo de La Fère, escenario de vuestro primer crimen...—decía Athos a Milady, en el momento en que la verja del castillo se abría para dar paso a Constance; que corrió hacia D'Artagnan con un gesto de ansiedad en su bello rostro.

La tranquila sonrisa de su amado fue para ella una afirmación rotunda del éxito de la empresa.

—¡D'Artagnan!

—¡Constance!

—¡Cuánto he padecido por vos y por vuestros amigos!... ¡Ah!...

Un grito ahogado salió de la garganta de Constance, y, atarada, ocultó el rostro en el pecho de D'Artagnan. Milady, a quien Athos vigilaba dentro del coche, había ido a apearse del mismo para penetrar en el castillo, pero, sin que nadie lo pudiese evitar, saltó con increíble agilidad sobre el estribo del puente y se dejó caer en el vacío. Un segundo después, vieron cómo desaparecía bajo las aguas rápidas y turbulentas del Sena. Athos recogió la

capa que había quedado sujeta en sus manos. Este incidente desagradable le había impresionado profundamente, pues traía a su memoria sucesos que siempre deseó enterrar con todo el funesto pasado al que estaba ligada aquella mujer. Constance y sus amigos guardaron respetuoso silencio, pero al instante reaccionaron viendo al viejo criado de Athos que salía del castillo al encuentro de su señor, saludándole con vivas muestras de alegría y respeto a la vez. Pasaron todos luego con el fin de reparar sus fuerzas, cerrando la marcha Constance y D'Artagnan. Ambos se miraban sonriendo felices y el joven gascón decía:

—Me hablabais de haber padecido por mí, Constance, y ello me halagaba sobremanera...

—Por vos y por vuestros amigos —le recordó ella, haciendo un gracioso mohín.

—Verdad es que antes debo reabilitarme ante vos. Cierta vez me llamasteis...

No terminó la frase, impedido de hacerlo por una mano menudita y blanca que le tapaba la boca. Y desaparecieron para juntarse con los demás, sin recordar en ese momento la última jornada que aun les aguardaba.

Mientras tanto, en Palacio había

quien sufría los tormentos de la ansiedad y la incertidumbre más atroces, aunque damas y doncellas rivalizasen en la tarea de realzar su natural belleza. Era la Reina, que, en su tocador, se preparaba para el gran baile de corte. Su majestuosa figura destacaba netamente entre todas aquellas damas de su servicio privado que, solícitas, procuraban, con sus comentarios y frases de gracioso donaire, alejar de su regia frente los signos de una profunda preocupación. Sólo pensaba en los diamantes y en aquellos leales y abnegados servidores que ofrecieron arriesgar sus vidas por devolverle, con aquellas piedras, la felicidad y tranquilidad que le faltaban.

Pero también había en Palacio en aquellos momentos, alguien que intrigaba procurando que la Reina no recuperase jamás su felicidad. Era el Cardenal, que, en aquel preciso momento, dialogaba con su lugarteniente Rochefort sobre la marcha de los acontecimientos.

En el Castillo de La Fère y dispuestos a partir nuevamente después de haber tomado un ligero refrigerio, Constance y sus amigos acordaban los últimos detalles de su jornada definitiva. D'Artagnan dió a Constance un pequeño envoltorio.

—Entregad esto a la Reina—le dijo, sentándose frente a ella, mien-

tras Athos procedía a atarle de pies y manos, haciendo nuevamente de D'Artagnan un prisionero mucho más satisfecho de su existencia que lo estuvo siéndolo de Milady.

—¡Con tal que lleguemos a tiempo!—exclamó Constance.

—Sin duda alguna—afirmó D'Artagnan, y prosiguió: —Al llegar a la puerta de París os haréis pasar por Lady Winter. La esperan.

Luego gritó:

—¡Listos, Porthos, Aramis, y no paréis hasta Palacio!

—Su Majestad no ostentará los diamantes—aseguraba Rochefort al Cardenal, después de recibir y leer con satisfacción el mensaje de Milady.

—¿Y su aliado, D'Artagnan?—preguntó Richelieu.

—Sufrirá la pena de los traidores!

—Sí, y la Reina será desterrada. No os separéis de ella durante el baile y que no se comuniqué con nadie...

Y ambos personajes se encaminaron hacia el gran salón, donde aquellas horas los nobles de la corte aguardaban la entrada del Rey y la Reina. El primero fué anunciado con el ritual ceremonioso de costumbre. Su entrada en el gran salón, seguido del cortejo de gentileshombres y relevantes personalidades de Pala-

cio, añadió una nota brillantísima al aspecto magnífico que ya ofrecía.

—¿Su Majestad el Rey?

Resonaron los clarines y Luis XIII de Francia bailó majestuoso y sonriente, entre la doble fila de invitados que respetuosamente se inclinaban a su paso. Pronto se le acercó Richelieu y después de algún comentario sin trascendencia, dejó deslizarse en los oídos del Rey estas palabras:

—La Reina lucirá los diamantes que Vuestra Majestad le regaló?

—¿Por qué no?—preguntó extrañado ante la insistencia el Monarca.

Poco antes había recibido la Reina en sus habitaciones un billeteito redactado en estos términos: «No olvidéis poneros el broche de diamantes. Os lo ruega Luis».

—Lady Winter—dijo Constance sacamente ante el guardia que había detenido el carruaje antes de traspasar la puerta de entrada en la ciudad.

—¿Y el prisionero?—preguntó este indicando a D'Artagnan.

—Le llevo a presencia de Rochefort—indico Constance.

Poco después, el coche se detenía ante una puertecita de Palacio ya conocida de D'Artagnan. Este, desatado de sus mal sujetas ligaduras, saltó a tierra, ofreciendo su mano a Constanza.

—Llegamos a tiempo, Constance... Vuela a entregar, con nuestros respetos, los diamantes a la Reina.

Diez minutos después, los clarines resonaban nuevamente anunciando a Su Majestad la Reina, que hizo su aparición en el salón luciendo en su pecho aquellas piedras maravillosas en las que mil bujías reflejaban su titilante luz. Púsose en pie el Rey, adelantándose a recibir a su regia esposa y ambos avanzaron luego sonriendo felices. La mirada de Richelieu se clavó fiera e interrogante en Rochefort, pero éste no le veía. Tuvo el tiempo preciso para desnudar su espada y ponerse en guardia, pirando una feroz estocada que D'Artagnan le lanzó tan pronto le echó la vista encima. Breve fué la lucha, que había atraído sobre los dos hombres las miradas interrogantes y sorprendidas de toda la concurrencia. Los alabarderos de escolta en el salón quisieron separarlos, pero Athos, Porthos y Aramis, sus aceros desnudos, formaron círculo alrededor, protegiendo la continuación del duelo, en que D'Artagnan se cobraba la deuda y descubría a un peligroso enemigo de Francia. Su espada llegó al pecho de Rochefort, que hubo de entregarse antes de verse allí mismo atravesado de parte a parte.

—¿El Conde de Rochefort es un

traidor!—exclamó D'Artagnan, sin retirar su espada amenazante—. ¡En este tratado ofrece media Francia a cambio de ayuda! ¡Ofrece asesinar a nuestro Rey y al Cardenal!

Y el joven extrajo de su pecho el rollo de pergamino famoso.

—¡Firmasteis vuestra sentencia de muerte!—dijo el Rey.

Y el intrigante Rochefort desapareció, rodeado de guardias, hacia el destino que el mismo se había señalado.

—¿Sabíais esto, señoras?—preguntó el Rey a la Reina, que se mantenía tranquila y sonriente, contemplando la escena.

—Sí, gracias a la lealtad y el valor de cuatro héroes que arriesgaron su vida por nosotros.

—Tres de mis mosqueteros...—indicó de Treville, orgulloso.

—¿Quién es el cuarto?—preguntó el Rey.

—D'Artagnan, de los Guardias Reales—informó de Treville, indicando al joven gascón.

—Desde ahora sois todo un mosquetero. ¡Alzaos caballero! Valor y nobleza igualan.

Y volviéndose a la concurrencia, inició la marcha del brazo de la Reina, advirtiéndole antes a los cuatro amigos:

—Os nombro mi guardia de honor. D'Artagnan, vos detrás de mí.

—¡Vivan los mosqueteros!—exclamó de Treville, que estaba viviendo uno de los momentos más emocionantes de su vida.

Constance, detrás de la Reina, sonreía feliz, mientras miraba de reojo el polvo que cubría las botas de sus amigos y las de su amado. D'Artagnan en honroso contraste con la brillantez que les rodeaba. De pronto se sonrojó. D'Artagnan le miraba con insistencia, quizá recordándole cierto premio ofrecido...

FIN

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la fieta	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lili Dagover
María Estuardo	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Vaulta de Arsenio Lupin	Warren William
Forja de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fioremasca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Una pareja invisible	C. Bennet
La mujer sin alma	C. Grant
El dominió verde	John Biles
Comas del teatro	Danielle Darrieux
Detective y compañeros	Kath. Hepburn
Señorita en desgracia	Zasu Pitts
Defensores del crimen	Fred Astaire
Aventura Pompadour	Richard Dix
El poder invisible	Kate de Naji
Melodía rota	Boris Karloff
Titanes del mar	Willy Birgel
Cupido sin memoria	Victor McLaglen
Marie Hona	Ann Sothern
Resaca Jamaica	Paula Wessoly
El caso Vero	Charles Laughton
Quimera de Hollywood	Clive Brook
Las tres vagabundas	Joan Fontaine
	Helene Ruhman

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última follía	Miguel Ligeró
La reina mora	Maria Arias
Rinconete madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
No quiero! No quiero!	José Boviara
La canción de Alza	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Enula Aliza
Melodía de arrabal	I. Argentina
Don Floripondio	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Eos hijos de la noche	Lucky Soto
Leyenda rota	Miguel Ligeró
Martingala	Juan de Orduña
Rápame usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mujer fatal	Celia Gámez
Tierra y cielo	R. de Sentmenat
Jai-Alai	Manuchi Fresno
	Inés de Val

¿Quién me compra un
lira? Mariuja Tomás
Alas de paz Lois de Valais

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Sabú, Toomay de las elefantes	Sabú
Tú comblerás de vida	M. Redgrave
Carmon, la de Triana	I. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Doloresa	Rosita Diaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Loa de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Bambo al Cairo	Miguel Ligeró
El diácono as un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Barchon
Molinos de viento	Padra Tardí
¿Es mi hijo?	Eli Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones (Joss Harvey	Stickov Rooney
Margarita Gautier	Crista Garbo y Robert Taylor
La alegría de la huerta	Flore Santacruz
Mortal sugestión	Ann Harding
Un chico insuperable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Los dos gillistas	Jacques Teyoff
Pygmalion	Leslie Howard
Sol de Valencia	Merula Gómez

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la luna y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Mariuja Tomás
La Potenera	Juan Monfort
Verbena	Mariuja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazzari
Cautivo del deseo	Leslie Howard

BIOGRAFIAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Ligeró
Estrellita Castro	Melvin Douglas
Alfredo Mayo	Antonio Vico
Manuel Luna	

EDITORIAL «ALAS».

REDUCIDA A

Apartado 707..

SARCELONA

CANCIONERO

CANCIONERO - corriente

Precio: 30 cts

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tango)
BODRI MLR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAPPLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NIRA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aixa)
JUANITO VALDEBARRA

EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NISO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTHELLITA CASTRO
JUANITO MONTOTA
CAMILIN

Números extraordinarios

Precio: 75 cts

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN». (Agotado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Agotado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orquesta
(Agotado)
JAIMÉ PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 pta.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'50 pta.

PEPE PINTO
ADOLFO ARAQUE JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO. CINE-JAZZ

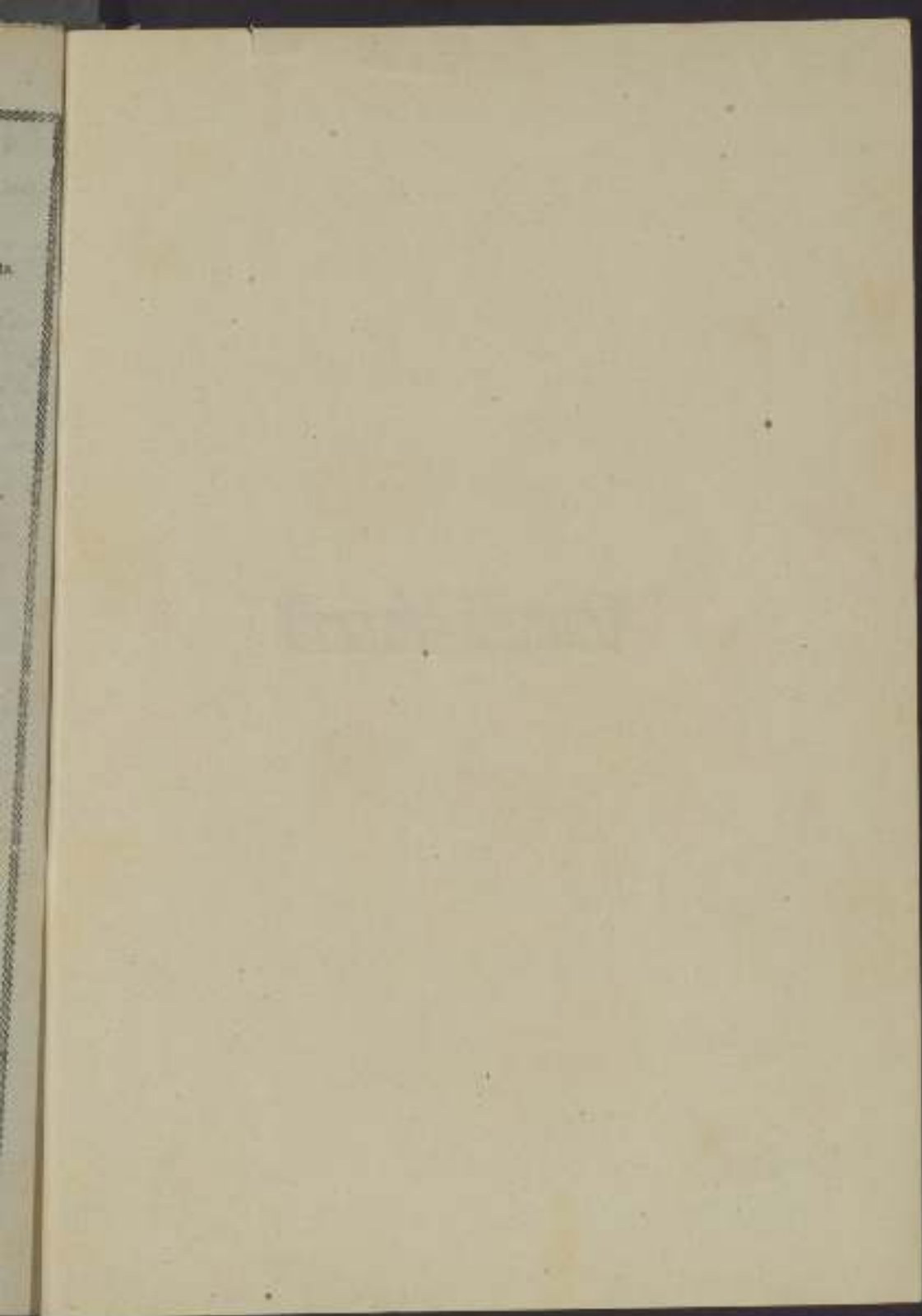
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y EUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT

Pedidos a

Editorial ALFAS

Repartido por

BRUCELONE





2⁵⁰ Ptas.

